

Chronique du 26 juillet 2008

par le Docteur Joaquin Ferrer Arellano

**LA SINGULAR PARTICIPACIÓN DE SAN JOSÉ
PADRE VIRGINAL Y MESIÁNICO DEL REDENTOR
EN LA OBRA DE NUESTRA REDENCIÓN**

(La inseparabilidad de los Tres de la Familia de Nazaret en el plan salvífico de Dios como trinidad de la tierra, imagen perfecta de la Trinidad del Cielo y camino de retorno de la humanidad caída hacia Ella)

INTRODUCCIÓN

1. Planteamiento

Este estudio -que es más bien un resumen-presentación de un libro del mismo título de próxima aparición- debe en buena parte su inspiración a las incisivas y audaces expresiones de San Josemaría Escrivá¹, gran enamorado del Santo Patriarca, sobre la indisociable presencia de “Jesús, María y José” -la trinidad de la tierra, repetía una y otra vez haciendo suya, con originales resonancias, la tradicional analogía con la Trinidad del Cielo, que comienza, al parecer, con Gerson- en todas las fases de la economía salvífica del misterio de Cristo y de la Iglesia. “Jesús, María y José, que esté siempre con los tres”, repetía de continuo. Este deseo suyo de no separar nunca a los tres que Dios había unido -ab aeterno y para siempre- en su plan salvífico, se manifestaba hasta en su propio nombre, Josemaría, que quiso unir en uno sólo sin separación alguna.²

“Entre los bienes que el Señor ha querido darme, está la devoción a la Trinidad Beatísima: la Trinidad del Cielo, Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo, único Dios; y la trinidad de la tierra: Jesús, María y José. Comprendo bien la unidad y el cariño de esta Sagrada Familia. Eran tres corazones, pero un solo amor”.

“No separéis a José de Jesús y de María, porque le Señor los unió de una forma maravillosa (...) Insisto: invocad en vuestro corazón, con un trato constante, a esa trinidad de la tierra, a Jesús, María y José, para que estemos cerca de los tres y todas las cosas del mundo, y todos los engaños de satanás los podamos vencer”.³

Recuerdo que en sus últimos años se complacía en intentar descubrir la presencia el Santo Patriarca -nuestro Padre y Señor -repetía una y otra vez según la feliz expresión teresiana-, en todas las fases del misterio salvífico, cuyo vértice es la Encarnación del Verbo; tanto en la Redención objetiva que culmina en el misterio pascual, como en su dispensación histórica por la mediación de la Eucaristía -de la que vive la Iglesia-, en la cual descubría una misteriosa e inefable presencia, personal y salvífica junto a María (*redención subjetiva*).

Por mi parte he encontrado una especial sintonía con los escritos de otras almas santas, como la Madre abadesa benedictina, Cecilia María Baij, en especial su vida de San José (editados y propagados por el Beato Ildefonso Cardenal Schuster), y “La mística ciudad de

¹ Tuve la gracia de tratarle asiduamente durante veinticinco años de su vida, desde mi encuentro con él en el verano de 1950 en Roma, el Año Santo de la proclamación dogmática de la Asunción.

² <<San José, que no te puedo separar de Jesús y de María; San José, por el que ha tenido siempre devoción, pero comprendo que debo amarle cada día más y proclamarlo a los cuatro vientos, porque éste es el modo manifestar el amor entre los hombres, diciendo: ¡te quiero!, San José ¡, Padre y Señor nuestro: ¡en cuantos sitios te habrán repetido ya a estas horas invocándote, esta misma frase, estas mismas palabras! San José, nuestro Padre y Señor intercede por nosotros>>.

Había sido una constante este cariño, esta devoción especial hacia San José, Maestro de vida interior, Protector de la Iglesia universal y Patrono del Opus Dei. Este amor al Santo Patriarca se desarrolló con ímpetu creciente en los últimos años de su vida en la tierra y con singular intensidad en la gran catequesis que hizo por América. Esa era la razón fundamental de aquella alegría que le produjo el anuncio de Juan XXIII en la asamblea conciliar de la inclusión en el Canon de la Misa el nombre de San José. Es conocido, que en la lista de firmantes en la petición presentada con tal motivo al Santo Padre, figuraba la de San Josemaría Escrivá de Balaguer. Cfr. ISIDORO DE S. JOSÉ Y JOSÉ DE JESÚS MARÍA, *San José en el Sacrificio de la Misa* (Historia de una magna campaña josefina), Centro Español de Investigaciones Josefinas, Padres Carmelitas Descalzos, Valladolid, 1963.

³ Cit. Por L. M. HERRÁN, *La devoción a san José en la vida y enseñanzas de Mons. Escrivá de Balaguer*, Madrid, Palabra, 1981, 52. (Esta monografía recoge otros textos de San Josemaría todavía inéditos. Aquí serán citados por las iniciales de su Autor -LMH- con la página correspondiente).

Dios” de la venerable María Jesús de Agreda, cuya inspirada vivencia josefina es estudiada por dos ponencias en este Simposio, en el que se presenta también -en la sección de lengua alemana- otra dedicada a María Valtorta. Ya está plenamente reconocido por los mejores teólogos el valor -con las debidas cautelas- de los escritos inspirados de almas santas como confirmación y explicitación de las virtualidades insondables de la Revelación pública y oficial recogida en la Escritura leída en la Iglesia.

Pero es, sobre todo, la luz del magisterio de los últimos Pontífices, que converge en la gran carta magna de la Josefología “Redemptoris Custos” (cit. RC) de Juan Pablo II la que ha guiado la redacción de estas páginas. Esta extraordinaria exhortación apostólica forma una trilogía con las encíclicas “Redemptor hominis” y “Redemptoris Mater” (cit RM) los tres de la familia de Nazaret. En ella -firmada también el 15-VIII- parece ceder el lugar que ocupa de representante de Cristo, a San José, que es verdadero Padre y Señor de la Iglesia -prolongación de la Familia de Nazaret- con una paternidad participada, en el Espíritu Santo, de la de Dios Padre de Nuestro Señor Jesucristo, de quien procede toda paternidad en el cielo y en la tierra; su Sombra protectora e icono transparente, como María lo es del Espíritu Santo (según lo afirma el teólogo ortodoxo S. Boulgakov)⁴-, en este momento grave y esperanzador a la vez, de la historia de la salvación.

Al declinar de la Edad Media, cuando comenzó la Iglesia a verse en serios peligros de cismas y herejías, surge impetuosa la devoción a San José, que sale de su anonimato -como “terror de los demonios”- en un crescendo incontenible, sobre todo por la gran influencia de Sta. Teresa de Jesús, su gran enamorada y propagadora de su devoción, coincidiendo significativamente con los primeros años de tremenda convulsión producida por Lutero y la reforma protestante que dividió la cristiandad al mismo tiempo en el que -otra providencial coincidencia- se expandió en el nuevo Continente por la gran gesta evangelizadora, animada, como es sabido, por el amor y devoción que infundieron los misioneros a María y a José, tan popular como teológicamente fundada, que ha dejado su huella en la admirable iconografía que tanto impresionó a San Josemaría en sus viajes de catequesis por América.⁵

Los últimos Papas acuden a San José en los momentos más cruciales de la vida de la Iglesia. Pío IX en el Conclio Vaticano I le nombra Patrono de la Iglesia, León XIII (15-VIII-1859) publica la Encíclica “Quamquam pluries” (15-VIII-1889)⁶, exhortando a confiar en el recurso a San José la defensa de la Iglesia para superar las graves dificultades -el racionalismo naturalista y la disolución consiguiente de la familia cristiana, tema recurrente y prioritario del magisterio- del el momento histórico en que entonces se encontraba. Juan XXIII, dándose a la arriesgada empresa del Concilio Vaticano II y comprendiendo su enorme dificultad, nombró a San José su Protector, poniéndolo bajo su amparo. Su puesta en práctica tan tormentosa, cuenta con la guía segura de los sucesores de Pedro; actualmente el Papa Benedicto XVI -que lleva el nombre del Padre y Señor de Santa Iglesia de Dios-, que -una vez más- conducirá la nave de la Iglesia con mano firme sorteando tantos insidiosos obstáculos promovidos por la antigua serpiente. Todo parece indicar que Dios quiere que el silencioso José salga más y más de su anonimato poniendo más y más relieve su eminente santidad y el protagonismo de primer orden que la providencia le asigna en esta hora decisiva de la historia de la salvación.

⁴ S. BOULKAKOV, *L'ortodoxie*, París 1942, 166.

⁵ Véase, como ejemplo el estudio histórico de P. C. CARRILLO OJEDA, *Presencia de San José en México*, ed. Por el “Centro de Documentación y Estudio sobre San José”, México 2005.

⁶ “La casa que José gobernó con potestad paterna contenía los principios de la Iglesia naciente. La Virgen Santísima, por la Madre de Jesucristo, es la Madre de todos los cristianos, a los que engendró en el Calvario entre los tormentos del Redentor, y también porque Jesucristo es el Primogénito de los cristianos, que son sus hermanos por adopción y redención. De aquí que el bienaventurado Patriarca tenga confiada así, por una razón singular, toda la multitud de los cristianos de que la Iglesia consta, a saber, esta familia innumerable extendida por toda la Tierra sobre la cual goza como de una autoridad paterna, en cuanto Esposo de María y Padre de Jesucristo. Conviene, por consiguiente, que el bienaventurado José, que en otro tiempo cuidó santamente a la Familia de Nazaret en sus necesidades, así ahora, defienda y proteja con su celeste patrocinio a la Iglesia de Cristo”. León XIII. Enc. *Quamquam pluries*, de 15-agosto-1889. (fragmento incluido en Denz 3262). El Papa León XIII en este documento se propone confirmar y orientar con su autoridad el movimiento espontáneo de la devoción del Pueblo de Dios al Santo Patriarca, que experimenta su poderoso patrocinio. También aquí, como en Mariología, el “sensus fidelium” ha ido, con frecuencia, por delante de la Teología y el Magisterio.

En el enunciado de nuestro estudio se habla de “participación singular” de S. José en la obra salvífica de Cristo⁷, único Mediador y Redentor del hombre. ¿Qué alcance tiene tal “singularidad”? Todos los redimidos “participamos” en la obra salvífica de Cristo (Cfr RM 1) en el misterio de la Iglesia Esposa de Cristo, que tiene como razón formal de su existencia precisamente la cooperación del hombre con Dios para la salvación propia y de los demás según la ley de la alianza nupcial, categoría clave de la Escritura.⁸ Juan Pablo II así lo enseña en una conocida catequesis mariana.

“El apóstol Pablo cuando afirma: <<somos colaboradores de Dios>> (1Co 3, 9), sostiene la efectiva posibilidad que tiene el hombre de colaborar con Dios. “El término <<cooperadora>> aplicado a María cobra, sin embargo, un significado específico. La cooperación de los cristianos en la salvación se realiza después del acontecimiento del Calvario, cuyos frutos se comprometen a difundir mediante la oración y el sacrificio. (Es decir, en la fase subjetiva de aplicación del tesoro redentor en el misterio de la Iglesia). Por el contrario, la participación de María se realizó durante el acontecimiento mismo y en calidad de madre; por tanto, se extiende a la totalidad de la obra salvífica de Cristo. Solamente Ella fue asociada de ese modo al sacrificio redentor, que mereció la salvación de todos los hombres. En unión con Cristo y subordinada a Él, cooperó para obtener la gracia de la salvación a toda la humanidad. El particular papel de cooperadora que desempeñó la Virgen tiene como fundamento su maternidad divina. Engendrando a Aquél que estaba destinado a realizar la redención del hombre, alimentándolo, presentándolo en el Templo y sufriendo con Él, mientras moría en la Cruz, <<cooperó de manera totalmente singular en la obra del Salvador>> (Lumen Gentium, 61). Aunque la llamada de Dios a cooperar en la obra de la salvación se dirige a todo ser humano, la participación de la Madre del Salvador en la redención de la humanidad representa un hecho único e irrepetible. A pesar de la singularidad de esa condición, María es también destinataria de la salvación. Es la primera redimida, rescatada por Cristo <<del modo más sublime>> en su concepción inmaculada (cfr. bula Ineffabilis Dea de Pío IX: Acta 1, 605) y llena de gracia del Espíritu Santo (AG, 9-IV-97).

Esta catequesis de Juan Pablo II (19-IV-1997) -en la que algunos como Jean Miguel Garriges y G. Cottier han visto una posible formulación del auspiciado por muchos, quinto dogma mariano-⁹ sale al paso del minimalismo eclesiotípico que niega la singular cooperación inmediata y activa de María en la redención objetiva, de la que participa por analogía, como manifiesta el sentido pleno inclusivo de la Escritura -así lo veremos-, San José, en la indisociable unidad de los Tres.

Es cosa sabida que algunos conocidos teólogos de centro-Europa, al margen de la enseñanza del Magisterio de la Iglesia, y en contra del sentir más común de la tradición teológica -escribe el P. E. Llamas- no tuvieron reparo en crear una explicación inédita y novedosa de la colaboración salvífica de María: la colaboración meramente pasiva-receptiva. H. Koster afirmaba en Alemania en 1950, que en su país carecían <<de publicaciones sobre cuestiones mariológicas>>. Hasta entonces no se habían interesado por ellas. Por eso, <<las que nos llegan -escribía- de los países latinos <<España-Italia>>, nos parecen faltas de medida y crítica. Nuestra posición fundamental es la repulsa>>. En 1954 K. Rahner se manifestaba acorde con este juicio, a propósito de la colaboración salvífica de María con Cristo. Con criterio excesivamente angosto y restringido bajo ese aspecto doctrinal, se manifestaba así: <<Debe descartarse el término de corredentora, porque evoca casi

⁷ La palabra *participación* en este contexto salvífico referida a S. José, aparece en la “Redemptoris Custos” *nueve veces* (cfr. nn 1 -cuatro veces-, 5 -tres veces- y 19 y 20 -una vez-. La participación - semejanza y desemejanza a la vez es el fundamento de la *analogía*, que es de participación intrínseca cuando el nombre y el concepto análogo se realiza en todos los analogados que participan del “analogatum princeps”. Sabido es que la “analogía” respecto a Cristo -y de S. José- respecto a María y a Cristo, es uno de los principios omnipresentes en la Mariología y la Josefología. Por desgracia, es piedra de escándalo para muchos protestantes, a mi modo de ver por prejuicios preteológicos de raíz nominalista.

⁸ O lo que es lo mismo, corredimir, que algunos hiperecuménicos se empeñan en hacerlo desaparecer, tachándolo de ambiguo. Si se explica el *es* a la luz de la participación en la única Mediación de Cristo que funda la analogía, no hay término más claro y apto para expresar ese misterio.

⁹ Véase citas en mi libro “*La mediación materna de María, esperanza ecuménica de la Iglesia*, Madrid 2005 (www. Joaquinferrer.com).

inevitablemente la idea de que María participa de la redención y cooperó a ella aún en un plano y en la función reservada al único Redentor>>. ¹⁰

El sentir de estos autores (H. Koster, O. Semelroth, Lénnerz...) no era dominante en Alemania. Algunos autores se manifestaban contrarios a esos juicios, porque pensaban que ese “minimismo mariológico” unilateralmente eclesiotípico era un daño y un perjuicio para el catolicismo alemán, por ser una condescendencia con el protestantismo. En el mismo año 1954 R. Grabner manifestaba su deseo y llegó a decir, que <<ya es hora de frenar “contener” este proceso de auto-protestantización del catolicismo alemán>>. ¹¹

Según los protestantes, la única Mediación posible es la de Cristo, y está limitada a su persona, según la afirmación de S. Pablo: “Hay un sólo Dios, y un sólo mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, que se dio a sí mismo como precio de rescate por todos” (1 Tim. 2.5). Esto supuesto, ni María, ni la Iglesia, ni el Sacerdocio, pueden participar de la acción mediadora, puesto que todos son valores extrínsecos al misterio de la Mediación, ya que no tienen otra función que la de puros signos, aptos para dar a conocer y arrojar luz sobre la única Mediación: la de Cristo ¹². María sería signo especialmente significativo, como modelo eminente.

La participación trascendental propia de la relación entre las criaturas y Dios, se aplica en el texto conciliar (LG 62) a la relación entre mediación sacerdotal de Cristo y las diversas formas de mediación eclesial, en la doble participación del sacerdocio por los fieles y en el sacerdocio ministerial, y la participación de la bondad de Dios en las criaturas por la creación. Por la creación comienza a haber más seres, pero no más ser; es decir, por la creación se dan más seres con perfección, pero no más perfección en el conjunto. Este concepto de participación, en el sentido explicado, ha de aplicarse a la mediación de María y José en la obra redentora de Cristo que culmina en el misterio Pascual; Cristo y María son más sujetos de mediación (de una mediación única que está en Cristo como en fuente y en María por participación), pero no más poder de mediación que Cristo solo ¹³.

Se trata siempre de la voluntad divina de no salvar a los hombres sino asociándolos, a título de instrumentos libres, a la obra de la salvación, propia y ajena, para que todos cooperaran con El -para decirlo con la conocida formulación de la Encíclica de Pío XII “Mystici Corporis” (AAS,1943,217)- a comunicarse mutuamente los frutos de la Redención. “No por necesidad, sino a mayor gloria de su Esposa inmaculada”. Tal es la ley de la alianza nupcial de Dios con los hombres, preparada y proféticamente prefigurada en la antigua alianza con Israel, y realizada en la nueva y definitiva alianza en Jesucristo, en las tres fases o momentos que distingue la tradición de los Padres: esponsales en la Encarnación, bodas en el Calvario, y consumación de la bodas en el misterio eucarístico, fuente de toda vida sobrenatural del Cuerpo místico (cf. 1 Cor 10,7; SC 9), como prenda y anticipación sacramental del las bodas del Cordero con la Esposa que desciende del Cielo, la nueva Jerusalén escatológica del Reino consumado (Cf.Ap 21,2). ¹⁴

El Concilio Vaticano II, aunque no utilizó el término <<corredentora>> ¹⁵ -más frecuente en la tradición teológica desde el siglo XVII, edad de oro de la Mariología española- de lo que comúnmente se dice, como ha demostrado el P. E. Llamas, gran conocedor de la brillante teología mariana de aquellos siglos áureos, ha sido felizmente recuperado por Juan Pablo II que lo usó ocho veces al menos- afirmó con nitidez la realidad y el contenido teológico esencial de

¹⁰ Cfr. H. KOSTER, *Unus Mediator*, Limburg, 1950, 33. K. RAHNER, *Le principe fondamental de la Théologie marial*, en *Rech, Scienc. Rel.*, 42 (1954) 495-96. El valor de estas afirmaciones de K. Rahner ha quedado anulado por la enseñanza y las afirmaciones del Vaticano II.

¹¹ Ver otros testimonios en D. FERNÁNDEZ, C.M.F., *María y la Iglesia en la moderna bibliografía alemana*, en *Est. Marianos* 18 (1957) 56 ss.

¹² Tal es la posición por ejemplo del célebre teólogo calvinista Karl BARTH, *Die Kirckliche Dogmatik*, t. I, 3).

¹³ C. POZO, *María en la obra de la salvación*, Madrid 1974, 116 ss.

¹⁴ Este tema lo he desarrollado ampliamente en J. FERRER ARELLANO, *Marian Corredemption in the light of Christian Philosophy*, in *Mary at the foot of de Cross II* (New Bedford MA, 2001, 113-149)- (www.joaquinferrer.com). Traducción española en Eph. Mar. 2005. Expongo ahí como la noética nominalista -la “vía modernorum” ocklamiana, de la modernidad, impide comprender la participación y la analogía subyacente en la metafísica bíblica. Se comprende que K. Barth haya afirmado que la analogía es la larva diabólica del anticristo, el único obstáculo serio para que un reformado se haga católico.

¹⁵ No usado desde Pío XII, sin duda para evitar reticencias del minimalismo eclesiotípico, no por razones ecuménicas, pues el contenido doctrinal se mantiene invariable con otra formulación

ese término, que parece el más indicado para expresarlo. Las objeciones en contra son de una clamorosa inconsistencia.¹⁶

La razón es la asociación directa e inmediata de María y José a la constitución teándrica del Redentor por la unión hipostática -prevista ab aeterno en el plan salvífico de Dios- que se realizó en la obediencia de la fe de los dos, no sólo por el libre consentimiento de María a la divina maternidad virginal, sino también de José, hijo de David, a ser padre virginal y mesiánico de Jesús cuando acogió en su familia a quien había sido concebido en el seno de su esposa por obra y gracia del Espíritu Santo. En la gracia de unión radica la gracia capital de la Humanidad de Cristo que -con la gracia maternal de María y paternal de José que de ella derivan- son el principio del que brota la gracia salvífica que restaura la “imagen” de Dios en el hombre con todas sus dimensiones esenciales, especialmente su constitutiva dimensión familiar y “comunional” deteriorada por la caída; y devuelve -de modo más admirable- la “semejanza”, a saber, la vida sobrenatural de la gracia de la justificación -“la Filiación”-. Se trata de una unión indisociable en el decreto de predestinación -uno y el mismo para los tres -constituyendo una Familia, la Familia de Nazaret-, los primeros predestinados con vistas a la restauración de la vida sobrenatural perdida, que nos “conforma” a la imagen del nuevo Adán -y de la nueva Eva desposada con José-, reflejo icónico del Padre, Cabeza de la Familia de Nazaret- primogénito entre muchos hermanos (cfr Rm 8, 9), no sólo considerados en sí mismos -María y José como personas singulares-, sino constituyendo la Familia de Nazaret como tal.

Creo que todo esto se puede y se debe descubrir en una hermenéutica de la Escritura que ponga luz en el sentido que el padre Artola llama “pleno inclusivo”, implícito en numerosos pasajes bíblicos -históricos, proféticos y sapienciales-, en especial en los textos paulinos sobre el nuevo Adán, leídos a luz del Protoevangelio y de Gal 4, 4, a la luz del paralelismo bíblico y de la tipología de su sentido espiritual dogmático. En esta lectura de la revelación bíblica de antigua raigambre en la tradición patristica aparece la Familia de Nazaret como la piedra angular en el decreto salvífico de Dios de ambos testamentos, por la que se manifiesta a sí mismo y da a conocer el misterio de su voluntad que tiene su vértice cuando llega la plenitud de los tiempos en la Encarnación redentora de Verbo acogido en el seno de María y en la casa de José.¹⁷

Creo que esta exégesis fundada en el paralelismo bíblico descubre en el sentido pleno inclusivo de muchos textos bíblicos leídos en clave mariana, una lectura -por analogía de participación- en clave josefina. A ello invitan algunas tipologías -como la de José de Egipto- que la tradición refiere a José (por su gran poder ante el Faraón (“tú serás quien gobierne mi casa. Sólo por el trono seré mayor que tú” (Gn 41, 40)), para lograr abundancia de dones- que evoca el patrocinio de S. José para que nunca falte a la Iglesia el Pan de la Palabra y el Pan de vida. “Id a José y *haced lo que él os diga*”. Es evidente la referencia al poder de intercesión de María en Caná, que usa exactamente las mismas palabras (Jn 2, 3). En la amplia perspectiva que postula la Constitución Lumen Gentium para la inteligencia del misterio de María en el misterio de Cristo y de la Iglesia, nos encontraremos en una situación de leer textos evangélicos de forma que estos se hacen expresivos por sí mismos y muestran su sentido pleno tipológico e inclusivo a la luz de ambos testamentos- para la fe del Pueblo de Dios. Como se ha escrito refiriéndose a María, podemos también decir acerca de José: El llamado silencio de la Escritura deja de ser tal -como dice F. Canals- para quien estudia los textos bíblicos con esta perspectiva histórica según la analogía de la fe.

Hay, pues, dos miembros de la Iglesia, María y José, cuya cooperación a nuestra redención es *prorsus singularis*, en sentido de único y trascendente, pues, según el designio ab aeterno de Dios, han sido asociados a la obra salvífica de su Hijo virginal, no sólo en su fase subjetiva o aplicativa como el resto de los redimidos, sino también -en virtud de su esencial e inmediata relación con la Encarnación redentora del Verbo- en todo el proceso histórico de la Redención objetiva o adquisitiva, desde Nazaret, en la intimidad de la vida de familia y trabajo en el taller de la casa de José, hasta su consumación en el Sacrificio del Calvario. Como aquí mostraremos, en la triple plenitud de gracia capital, materna y paterna de los tres -en jerárquica subordinación-, se funda el mérito de la gracia y la satisfacción por el pecado a la justicia divina que nos reconcilia con Dios, en amor obediente a la voluntad salvífica del Padre, que es el alma de la redención, hasta el holocausto el Calvario. De la Cruz gloriosa brota el agua viva del Espíritu Santo, que todo lo atrae hacia Sí, por la mediación de los tres Corazones unidos de Jesús, María

¹⁶ Cfr. para todo este tema, E. LLAMAS, *Estudios Marianos*, vol. 70 (2004). “La colaboración de María a la Redención. Problema antiguo en proyección moderna” 24 ss y 235-263. B.GHERARDINI, *La Corredentice nel misterio di Cristo e della Chiesa*, Roma, Monopoli 1998.

¹⁷ M. ARTOLA, *El pecado por Eva y la salvación por María*, “Estudios Marianos” 70 (2004), 17-37. El A. descubre en la tipología del nuevo Adán (Rm 5, 12-21 y 1 Cor 15, 22, 25) a la luz de la unidad dual de Adán y Eva -anunciada por Gn 1, 26-27 y Gn 2, 23-24 del acto pecaminoso primario. Así lo convinieron espontáneamente los antiguos Padres griegos, al descubrir una implícita inclusión de María, nueva Eva, por analogía de participación en una exégesis personalista dual e inclusiva

y José, activamente presentes en la Eucaristía *que hace la Iglesia*, en el tiempo histórico de la Iglesia hasta la Parusía.

Esta intuición de fondo vertebra toda la vivencia josefina sapiencial -más teologal que elaborada en el discurso argumentativo propio de la Teología como ciencia- de San Josemaría, que nos proponemos fundamentar y desarrollar aquí con el método propio de la Teología especulativa, que urge recuperar según el urgente reclamo de la Encíclica “Fides et ratio” de San Pablo II.¹⁸

2. La inseparabilidad de los Tres de la Familia de Nazaret, fundamento del plan salvífico de Dios y principio estructurante de la Teología de San José.

El punto de partida de la ciencia teológica no puede ser nunca un principio racional, sino la Revelación divina que conocemos a través de la Biblia leída en la Iglesia. Pero una vez conocida y aceptada en la fe, es lícito y aún conveniente buscar un principio unificador -orgánico estructurante- de todo cuanto sabemos del Santo Patriarca, en el contexto del designio salvífico de Dios.¹⁹

Laurentino María Herrán en su estudio sobre la devoción a San José en la vida y enseñanzas del Santo Fundador de Opus Dei, advierte que el principio primero de su teología sobre el Santo Patriarca *es el principio de inseparabilidad de “los Tres” de la Familia de Nazaret -la Trinidad de la tierra- como imagen y camino de retorno -añado yo- de la humanidad caída a la Trinidad del Cielo*. No los separaba nunca, ni en el transcurso del proceso histórico de la obra redentora de Cristo hasta la Pascua -en un mes de mayo al final de su vida en un viaje de catequesis por América, meditando los misterios dolorosos, contemplaba a San José presente en ella como co-protagonista cuando junto a los justos que aguardaban todavía en el Seno de Abraham la Redención del mundo que les habría sido anunciada por él cumpliendo un encargo expreso de su Hijo en la hora de su preciosa muerte, antes de que aquella Sangre redentora abriera las puertas del cielo -ni en su aplicación pospascual en la vida de la Iglesia peregrina, que vive de la Eucaristía. En ella advirtió su presencia inefable junto a su Esposa en su memorial perpetuo junto a Jesús Hostia no sólo en el sacrificio de la Misa, sino también en el Sagrario. Consideraba una gracia especial recibida de Dios esta contemplación de “los Tres” siempre indisociables de la Familia de Nazaret. “A esa familia pertenecemos” -le oí decir con frecuencia- pues la Iglesia estaba en germen presente en aquel hogar. A mi juicio este principio de indisociabilidad de los Tres es el que debe estructurar la Teología de San José. En el designio salvífico de Dios estaba presente “ab aeterno” la Familia de Nazaret como piedra angular de la obra de salvación de la humanidad caída, Siendo la dimensión familiar constitutiva del hombre -imagen de Dios Trino -del Nosotros trinitario- quiso que fuese restaurada mediante la Familia depositaria del misterio de salvación, semilla de la Iglesia, de la que la Familia de los hijos de Dios -Familia de familias, la denominó en alguna ocasión Juan Pablo II- es derivación.

Creo que este principio -la indisociabilidad de los Tres en todo el proceso histórico y salvífico- evita el peligro de reduccionismo de la significación soterológica central y permanente de San José de las dos propuestas clásicas.

Según la primera, el principio fundamental de la Josefología es el matrimonio con María raíz de todas sus prerrogativas. De ella deriva su paternidad virginal respecto a Jesús por razón del matrimonio con María. Otros -como F. Canals- proponen como primer principio la paternidad de José, porque su matrimonio con María -sin duda esencial para fundarla- no explica su aportación directa e inmediata a la Encarnación. Su pertenencia al orden hipostático sería extrínseca y mediata, a través del matrimonio con María.²⁰

1. La primera posición -la más común y tradicional- sostiene que el carácter verdadero y real, aunque singular y único, y no unívoco con la paternidad ordinaria y común de los hombres, de la paternidad de José sobre Jesús, se funda en el derecho del esposo sobre la esposa, en razón del cual el que nace virginalmente de María se origina de algo que pertenece íntimamente a José. El cuerpo de María fue de José por derecho matrimonial; derecho en que se hace mutua traslación

¹⁸ Sobre este tema Cfr. J. FERRER, “La Mediación materna de María a la luz de la filosofía cristiana”, *Eph. Mar.* 55 (2005) 425-447.

¹⁹ Cfr. las atinadas observaciones -que cabe aplicar a la Teología de S. José- que hace sobre el sentido y utilidad de buscar un primer principio en la Mariología, con un buen resumen del estado de la cuestión, planteada en los primeros años del S. XX. M. PONCE CUÈLLAR, *María, Madre del Redentor y Madre de la Iglesia*, Badajoz 1995, 25-28. Cfr. también la clásica y verdaderamente meritoria obra de B. LLAMERA, *Teología de San José*, Madrid, BAC, 1953, 37.

²⁰ Véase, por ejemplo, R. GARRIGOU LAGRANGE, *La Madre del Salvador*, Madrid 1996, 385, que atribuye a Suarez la afirmación de Sanibalde, según la cual la revelación de San José con el orden hipostático es extrínseca, moral y mediata, a través de María

del cuerpo del varón a la esposa y viceversa...; fue José padre por generación, no suya, sino de su esposa...; nació de Jesús en la heredad de José>>>.²¹

En esta perspectiva, la pertenencia de San José al orden hipostático sería indirecta respecto a la Encarnación del Verbo, sin tener en cuenta la relación indisociable de la virginidad de María con la de José, hijo de David, su esposo. Queda así excluido aquél por el que brotaría un tallo de la raíz de Jesé, que reinaría para siempre en la casa de David.

2. La consideración de la dignidad de José como el esposo de María la Madre de Jesús - observa acertadamente F. Canals- no debe cerrar el camino a una consideración más completa y bíblicamente fundada, que no desconozca su “paternidad mesiánica”, que al imponerle el nombre lo constituye legalmente en el Mesías Hijo de David, por serlo de José, al último eslabón de sus descendientes por el que se cumpliría la promesa mesiánica de Natán (cfr. RC 12).²² Esta segunda línea de argumentación, menos estrecha y restrictiva respecto al alcance de la paternidad de San José, subraya la importancia decisiva del proyecto de virginidad comportado por ambos esposos, en virtud del nexo sutil pero real de causalidad que se establece entre José y María, su esposa, en la generación y el nacimiento de Jesús.

La idea expresada por San Ildefonso: “María fue virgen por voluntad de Dios y por voluntad del hombre”, implícitamente refiere refiere la virginidad de José a la realidad de su paternidad sobre Jesús por su libre decisión de vivir un amor esponsal a María, en la virginidad, movidos ambos por el Espíritu. En esta perspectiva se descubre la concepción y nacimiento de Jesús, como fruto de la paternidad –según el Espíritu- de José, indisociable de la virginal maternidad divina de María por obra del Espíritu Santo. Así lo expresa con su peculiar estilo Bossuet. “La pureza de María no es sólo el depósito sino también el tesoro de su casto Esposo; Ella le pertenece por derecho de matrimonio... ¡oh fecunda virginidad! Eres bien de María, pero también eres bien de José. María la ha ofrecido, José la ha mantenido, y ambos la presentan al Padre eterno como un tesoro que los dos han conservado con mutuos cuidados. Como tiene tanta parte en esta virginidad de María, reporta también el fruto de la misma; por esta razón Jesús es su Hijo”.

Desde este punto de vista pueden comprenderse, en unidad sintética y no antinómica, la fecundidad milagrosa obrada por Dios, y la virginidad destinada a manifestar a modo de signo del poder divino el misterio de la misión del Hijo de Dios hecho carne, nacido del linaje de David según la carne, es decir, realmente inserto humanamente en el linaje de los hombres, por virtud del Espíritu de Dios. José es el Patriarca a través del cual se cumple -por su paternidad virginal y mesiánica- la descendencia de Cristo del linaje de David según la carne, de la simiente de Abraham. En esta paternidad humana singular y excelsa encontramos en su plenitud la paternidad según el Espíritu, prefigurada y anunciada, imperfectamente todavía, en la paternidad de Abraham, nuestro Padre en la fe, sobre Isaac. José, como Abraham, y como María, creyó a Dios y se realizó lo que se le dijo de parte del Señor. A diferencia de María, que respondió con sus palabras al mensaje divino transmitido por el ángel, José respondió con su silencio obediente y realmente mostró la fe por las obras.

²¹ San Francisco de SALES afirmó este título de paternidad con una hermosa metáfora que se ha popularizado: “Acostumbro a decir que si una paloma lleva en su boca un dátil y lo deja caer en un jardín ¿no decimos que la palmera es propiedad del jardinero? Pues si esto es así ¿quién podrá dudar de que el Espíritu Santo habiendo dejado caer este divino dátil, como divina paloma, en el jardín cerrado de la santísima Virgen que pertenece a José, como la mujer o la esposa pertenece al esposo; quien dudará, digo, que se pueda afirmar con verdad que la divina palmera que produce frutos de inmortalidad pertenece al excelso San José?”.

Juan GERSON explica en que sentido nace Jesús de José en (en su famoso Sermón sobre la Natividad de María, en el Concilio de Constanza (8-IX-1416)), hablando de la triple La triple natividad de Jesucristo a saber la eterna, la corporal y la espiritual o mental. Nace eternamente del Padre, como nace el esplendor de la luz, coeterno con la luz... en este nacimiento eterno de Cristo Jesús no tienen parte ni María ni José.

El segundo nacimiento de Cristo Jesús fue el corporal en el mundo de la Virgen, y de este nacimiento habla el Ángel a María: El Espíritu Santo descenderá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por esto lo Santo que nacerá de ti se llamará Hijo de Dios (Luc. 1-35). Y esto fue hecho cuando se cumplieron a María los días del parto, y parió a su Hijo primogénito (Lc 2,6). Y ciertamente en este nacimiento sólo María suministró la materia. Pero siendo el cuerpo de María por derecho matrimonial, por el que se hace mutua donación de los cuerpos del esposo a la esposa y de la esposa al esposo, cuerpo del mismo José, quizá podría decirse si no se temiese una ofensa de los oídos piadosos, que nació de un cuerpo y una carne (María Santísima, su esposa) que eran propiedad de José.

²² Para todo este tema, cfr. F. CANALS, *San José, Patriarca del Pueblo de Dios*, Barcelona, 2 ed. 1994, 125. La antigua festividad litúrgica era principalmente la fiesta del Esposo de María. La actual liturgia contempla en José a quién se confiaron los primeros misterios de la salvación de los hombres, y en quien se realizaron las promesas hechas a David y a Abraham; el que, poniendo de manifiesto su fe por sus obras, dio paso con su obediencia y su silencio a la encarnación de la Palabra de Dios.

Así se convertiría San José en depositario del misterio <<escondido desde los siglos en Dios>> (cfr Ef 3,9) junto con María, y en relación con Ella, partícipe en esa fase culminante de la autorevelación de Dios, y partícipe desde el primer instante ... José es el primero en participar de la fe de la Madre de Dios. Además, haciéndolo así, sostiene a su esposa en la fe de la divina Anunciación (RC, 5). José es el primero, con su obediencia de la fe -no con palabras, sino por hechos que muestran una disponibilidad de voluntad semejante a la fe del “Fiat” de María- que participa de la fe de María. (RC, 5).

3. Esta segunda posición es, sin duda, la acertada. Pero creo que debe entenderse en la perspectiva de la inseparabilidad de los tres en el ser y en el obrar salvífico en jerárquica subordinación. María recibe de Jesús su privilegio de plenitud de santidad immaculada por perfecta redención preservativa que la capacita para ser madre de Dios -primero en el espíritu y después en su seno (en la carne formada por el Espíritu Santo en sus virginales entrañas) y Corredentora en la obra de la redención, fundamento de su maternidad espiritual-. José, recibe -a través de su esposa- la plenitud de gracia que podemos llamar muy adecuadamente, paternal; que le capacita para su paternidad virginal mesiánica, no según la carne, sino según el espíritu, en virtud de su incondicional respuesta silenciosa de fe, por la cual es copartícipe con María de la constitución del ser teándrico del Redentor y -en él fundado- de su Obra Redentora, desde Nazaret hasta el Calvario como patriarca de la Familia de Dios que es la Iglesia, prolongación de la Familia de Nazaret, vértice del plan divino de salvación del mundo.

Estas consideraciones nos invitan a estudiar la singularidad de San José bajo el principio fundamental que -así lo pienso-estructura mejor la reflexión teológica josefina, que no es otra que la circularidad “virtuosa”²³ de los Tres, jerárquicamente coimplicados en una unidad indisociable según un orden de dignidad. Este orden entre los Tres, formando una unidad indisoluble²⁴ evoca analógicamente el orden (taxis) de la procesiones divinas que constituyen la Familia divina Trinitaria (Dios es uno y único, pero no un solitario, sino una familia, como dice la “Fides Damasi”). En ella los Tres son *uni* por consustancialidad -coeternos y coiguales- sin que haya “nihil maius vel minus, nihil prius vel posterius” (“Símbolo quicumque”). En la Trinidad de la tierra se da -en el seno de la unidad (ahí está la desemejanza radical)- un orden jerárquico -según la inversión kenótica trinitaria de que habla Von Balthasar- (Cfr. *Theologica III*, passim.)- de mayor a menor en dignidad, fundado en la participación (según una analogía de atribución intrínseca). De la mediación capital de Cristo participan por derivación causal, las mediaciones materna y paterna de María y José; de modo tal que esta última deriva, a su vez, de la maternidad espiritual de la Inmaculada. San José es hijo espiritual de su Esposa María, como Ella lo es también de Jesús (en expresión de Dante, Hija de su Hijo).

3 Plan de exposición

Nuestro tema -la singular participación de San José en la Redención- tiene múltiples dimensiones, que nos proponemos estudiar en la perspectiva que propone la teología especulativa -tratado también en este Simposio por el Dr. Germán Rovira en perspectiva más bien de teología bíblica o positiva- de modo articulado y sistemático. Lo exponemos siguiendo el esquema paulino de la gran doxología del comienzo de la carta a los Efesios sobre el misterio del designio benevolente de Dios presente *ab aeterno* en el decreto de predestinación de los elegidos en Cristo, antes de la creación del mundo, hasta la recapitulación escatológica de todo bajo Él como Cabeza en la Parusía. Analizamos en este proceso sucesivamente los cuatro momentos que distingue la carta a los Romanos (Rm 8, 19) -cada uno de los cuales es fundamento del siguiente- que comienzan en la predestinación y culminan en la glorificación.

1 “**A los que había escogido, Dios los predestinó a ser imagen de su Hijo, primogénito entre muchos hermanos**”. El designio salvífico oculto en el seno del Padre *predestinó* ab aeterno en un único decreto a la “Familia e Nazaret”, en la que el Verbo iba a ser acogido y preparado para realizar su obra salvífica de restauración de la vida sobrenatural perdida por el pecado de los orígenes, a imagen del Aquél que había de venir, el nuevo Adán, primogénito entre muchos hermanos.

²³ Este concepto aparece referido por Juan Pablo II a las relaciones entre la fe y la razón en la Encíclica del mismo nombre.

²⁴ Creo que estas reflexiones explicitan en perspectiva teológica discursiva la vivencia sapiencial de fe ilustrada por la luz infusa del Espíritu Santo de San Josemaría Escrivá, sobre la que tanto he reflexionado a lo largo de veinticinco años -los últimos de su vida- de constante trato paternofamiliar.

La predestinación del resto de los elegidos, que forman la familia de los hijos de Dios, la Iglesia nacida de los Tres Corazones unidos de Jesús, María y José, depende –como causa ejemplar, eficiente y final-, de la de los tres primeros predestinados, la Familia de Nazaret²⁵.

2. “**A aquellos que predestinó, los llamó**” conforme a su designio, haciéndoles donación de la gracia, proporcionada a la misión a la que estaban destinados desde toda la eternidad. La vocación de José a ser padre virginal y mesiánico de Jesús supera la de los Apóstoles, por su relación directa con el misterio de la Encarnación redentora. Por eso recibió una plenitud de gracia superior a la de cualquier santo, incluido San Juan Bautista, que puede ser calificada muy adecuadamente de paternal. Aquí tratamos de la constitución del orden hipostático –el ser teándrico del Redentor- con la cooperación inmediata de María, llamada a la divina maternidad, y de José, llamado a ser su padre virginal y mesiánico en el plan salvífico de Dios, por la constitución de *orden de la unión hipostática* del Verbo con la humanidad del Salvador. De ella deriva *el orden de la gracia de las virtudes y dones*, que participa de la plenitud de gracia capital, indisociable de la gracia maternal de María y la gracia paternal de José, que participan de ella de modo singular y único capacitándoles para su misión corredentora de cooperación activa e inmediata en la obra redentora de Cristo que culmina en la Cruz gloriosa.

3. “**A los que llamó los justificó**”.²⁶ Aquí trataremos de la participación de José en la Redención objetiva hasta el Sacrificio del Calvario. La plenitud relativa y progrediente de su gracia inicial -que aquí calificamos de paternal, como la plenitud de santidad inmaculada desde la concepción de María se denomina gracia maternal- que hacía posible el cumplimiento de la excelsa misión a la que fue llamado. Como dice de María la “Redemptoris Mater” (12) también José “ha llegado a estar presente en el misterio de Cristo porque ha creído”. De ahí la importancia fundamental de la fe como respuesta al don de Dios, sostenida por la esperanza y vivificada por la caridad, que mereció para sí un constante aumento de gracia que le capacitaba para participar -inseparablemente unido al Redentor y a la Corredentora- en todo el proceso de la redención objetiva desde los primeros misterios de la vida oculta hasta su consumación en el holocausto del Sacrificio del Calvario que conoció y al que se unió antes de su muerte, ofreciéndola unido a la de su Hijo. Dios quiso asociar a su Padre Virginal de manera única y singular -junto con María la Corredentora- en la restauración de la vida sobrenatural que nos justifica, liberándonos del pecado, en su triunfo sobre el poder de las tinieblas en la Cruz gloriosa, trono de su realeza. Tal es el alma de su participación en la redención objetiva que -más allá de los primeros misterios de salvación, que fueron especialmente confiados a su custodia paterna-, se proyecta hasta el Sacrificio del Calvario que conoció, y co-padejó indeciblemente durante su vida mortal.

4. “**A los que justificó, los glorificó**”. Después de su muerte los méritos y sufrimientos de su heroica vida de entrega a la obra de nuestra redención llegaron a ser formalmente corredentivos en tanto que intencionalmente referidos al Sacrificio del Calvario en unión al amor obediente de Jesús al designio salvífico de la Trinidad que decidió la muerte del Unigénito del Padre, en el holocausto supremo de la muerte de Cruz. Sólo entonces, llegada la hora de la glorificación del Hijo del hombre en el madero de la Cruz, se alcanzó la medida redentiva -precio de nuestro rescate- decretada por Dios. Una vez glorificado en cuerpo y alma -según piadosa creencia bien fundada teológicamente-, cooperó desde el cielo, en unión indisociable con Cristo Rey y María asumpta al Cielo, Reina del Corazón del Rey, en la aplicación de los frutos de la Redención adquisitiva -la llamada de Redención subjetiva- en el misterio de la Iglesia, nacida de los tres Corazones traspasados de Jesús, María y José. No sólo por su poderosísima intercesión de Padre y Patriarca de la Familia del Pueblo de Dios, continuación de la Familia de Nazareth (“continúa obedeciéndole en el Cielo”, dice Sor Juana Inés de la Cruz), sino por una misteriosa mediación paterna -que se refleja en la autoridad del ministerio petrino- en unión indisociable a la mediación materna de su Esposa, participadas ambas -y jerárquicamente subordinados de manera indisociable- a la mediación Capital de Cristo “Unus Mediator”.

²⁵ Según un orden de jerárquica subordinación, pues es causa primaria, la de Cristo Redentor, y causa secundaria la de su Madre, la Corredentora (y los ángeles fieles, según la escuela franciscana a la me adhiero en ese punto)- hecha posible por su perfecta Redención preservativa, como la Inmaculada llena de gracia y la de su Padre Virginal, también Corredentor subordinadamente a su Esposa, e hijo de su Esposa en el orden de la gracia.

²⁶ “Cristo es para nosotros Sabiduría, justicia, santificación y redención” (1 Cor 1, 30). El Beato Elredo (Semón 20, PL 195, 322-324) refiere ese texto a María -y cabe hacerlo también a José en cuanto participa en la redención objetiva, si lo leemos en sentido pleno inclusivo, en la “analogía de la fe” del paralelismo bíblico. Cfr. CEC 714. Es decir, la cohesión de las verdades de la fe entre sí y en el proyecto total de la revelación (Cfr. Rom 12,6). Somos justificados por la salvación que está en Cristo Jesús, propiciatorio por nuestros pecados por su Sangre mediante la fe en Él (cfr. Rm 3, 24-26).

1. A LOS QUE HABÍA ESCOGIDO (CONOCIDO DE ANTEMANO) DIOS LOS PREDESTINÓ A SER CONFORMADOS A LA IMAGEN DE SU HIJO JESUCRISTO, PRIMOGÉNITO ENTRE MUCHOS HERMANOS.

1.1 Predestinación de la Familia de Nazaret -Trinidad de la tierra- en un mismo decreto -como principio -causa ejemplar, final y eficiente- de la predestinación del resto de los elegidos.

La santidad es, antes de nada, el destino que, antes de la creación del mundo, ha señalado el Padre acada uno en su plan de salvación en Cristo (cfr. Eph 1, 4). De esta predestinación (1) dependen las gracias que por medio del Espíritu Santo distribuirá a cada uno según su vocación específica, sin las cuales no podemos comenzar, proseguir ni rematar cosas cosa que valga a los ojos de Dios (2), con nuestra libre cooperación necesaria para que se cumpla el designio salvífico de Dios (3) hasta su consumación escatológica en la glorificación (4).

Pero en este Cuerpo, donde cada miembro tiene su propia e irremplazable vocación, la gracia se da conforme a la medida proporcionada a la misión a la que a sido llamado, según el beneplácito divino de la elección y predestinación. Este es el contexto teológico de la siguiente afirmación de San Josemaría.

Dios nos ha escogido a nosotros: *elegit nos ante mundi constitutionem, ut essemus sancti in conspectu eius.* Pues si nos escogió a nosotros, ¿no iba a elegir al que iba a ser su padre en la tierra, al que le iba a proteger, al que le iba a alimentar con su trabajo, al que le iba a llevar de una parte a otra cuando vino la persecución de Herodes? Luego, también, le llenaría de virtudes, porque era conveniente que lo hiciera. Estoy persuadido de que la criatura más hermosa es Santa María -más que Ella sólo Dios-, pero inmediatamente viene San José. *No pueden estar separados los tres de la Trinidad de la tierra* (LMH. 31)

Y este principio <<primero>> de la Teología Josefina de San Josemaría Escrivá lo va a repetir con la convicción que tiene como la obligación de promover la devoción del Santo Patriarca en cuanto se le presenta la ocasión, junto a la elección eterna de San José, la inseparabilidad de las tres personas que componen la “Trinidad de la tierra”.

“María es la humilde sierva del Señor, preparada desde la eternidad para la misión de ser Madre de Dios; José es aquel que Dios ha elegido para ser <<el coordinador del nacimiento del Señor>>, aquel que tiene el encargo de proveer la inserción <<ordenada>> del Hijo de Dios en el mundo, en el respeto de las disposiciones divinas y de las leyes humanas. Toda la vida, tanto privada como escondida de Jesús ha sido confiada a su custodia.

José de Nazaret participó en este misterio del designio redentor, que tiene su fundamento en el misterio de la Encarnación, como ninguna otra persona, a excepción de María, la Madre del Verbo Encarnado. Él participó en este misterio junto con ella, comprometido en la realidad del mismo hecho salvífico, siendo depositario del mismo amor, por cuyo poder el eterno Padre <<nos predestinó a la adopción de hijos suyos por Jesucristo>> (Eph 1, 5)”. (RC 5)

El hecho de ser María la esposa prometida de José, está contenido en designio mismo de Dios. Así lo indican los dos evangelios de la infancia, pero de modo particular Mateo. En el designio eterno María aparece de manera expresa como la Esposa prometida de José Cfr. CEC 488) Esto incluye implícitamente la predestinación del Santo Patriarca, pues no se puede entender la existencia de la esposa sin el esposo. Son términos correlativos que mutuamente se implican.

Pero no sólo fueron predestinadas -aisladamente consideradas- las personas en cuanto tales, según un orden de dignidad, sino que fue predestinada la misma Familia de Nazaret formada por el matrimonio, singular y virginal de María y José, para acoger dignamente al Hijo de Dios en el tiempo, para cuidarle, alimentarle... y para abrir así el camino disponiéndole el cumplimiento de la misión del Hijo de Dios, como redentor de los hombres.

Observa el P. E. Llamas en su ponencia al último Congreso internacional mariológico de Roma, en el cual participé (Sept 1994, las actas todavía no han sido publicadas), que la relación del matrimonio virginal de los esposos de Nazaret como hogar familiar de Jesús con la redención

de los hombres, o con la historia de la salvación, es un tema casi inédito en la Mariología y en la liturgia de la Iglesia. No se le ha prestado aún la atención debida.²⁷

A veces se presenta el misterio de la Encarnación en el seno virginal de María como si fuese una mujer soltera protegida por José sin atribuirle una directa relación con el acontecimiento central de la historia de la salvación en tanto que esposo virginal y cabeza de familia e hijo de Dios. Urge sacar a la luz la importancia soterológica del matrimonio virginal del que brota -como de la raíz de Jesé profetizada por Isaías en los vaticinios del Emmanuel- el Mesías profetizado, de la descendencia de Abraham. A veces se presenta el matrimonio con José como si fuese una tapadera de la Virginitad de María sin tener en cuenta que, “si es importante profesar la concepción virginal de Jesús, no lo es menos defender el matrimonio de María con José, porque jurídicamente depende de este matrimonio -en tanto que virginal- la paternidad de José”. (RC, 7) El Santo Patriarca adquiere así -y sólo así- una relación directa con el misterio de la Encarnación, como padre virginal y mesiánico del Mesías Redentor.

La predestinación de la Familia de Nazaret forma parte en los designios eternos de Dios, del objeto adecuado de la predestinación del misterio de la Encarnación redentora.

Dice Pío IX en su bula “Ineffabilis Deus” al proclamar el dogma de la Inmaculada Concepción, que por un mismo y eterno decreto, Dios ha predestinado a Jesús a la filiación divina, y a María a ser Madre Virginal del Verbo. Pues la predestinación eterna de Cristo no sólo influye en la Encarnación, sino en el modo y las circunstancias en las que debía realizarse, en tal tiempo y en tal lugar: “et incarnatus est de Spiritu Sancto ex Maria Virgine”, como dice el símbolo Niceo-Constantinopolitano.

Puesto que la condición de María, como Esposa prometida de José -según la enseñanza de Juan Pablo II- está contenida en el designio mismo de Dios (RC 18), o en la predestinación eterna, afirmamos implícitamente también la elección desde toda la eternidad de la familia fundada por, pues una circunstancia esencial de la Encarnación es su libre y fiel acogida -con la plenitud de gracia que se requería para disponerles a realizar tan excelsa misión- de Quienes debían acogerle en su seno -María- y en su casa. “Yo soy yo y mi circunstancia” decía J. Ortega y Gasset. Y añade: “si no salvo mi circunstancia no salvo a mi yo”. El hombre -repetía consistentemente San Josemaría- no es un verso suelto. Formamos parte de un mismo poema épico, divino. La imagen de Dios en el hombre que Él vino a restaurar -creado varón y mujer- no hay que verla únicamente en su aspecto en su aspecto individual (espíritu encarnado, capaz de conocer, amar y dialogar con Dios, de soledad) sino en tanto que llamado a la comunión.²⁸

<<En esta gran obra de renovación de todas las cosas en Cristo, el matrimonio, purificado y renovado, se convierte en una realidad nueva, en un sacramento de la nueva Alianza. Y he aquí que en el umbral de Nuevo Testamento, como ya al comienzo del Antiguo, hay una pareja. Pero, mientras la de Adán y Eva habían sido fuente del mal que ha inundado el mundo, la de José y María constituye el vértice, por medio del cual la santidad se esparce por toda la tierra. El Salvador ha iniciado la obra de la salvación con esta unión virginal y santa, en la que se manifiesta su omnipotente voluntad y de purificar y santificar la familia, santuario de amor y Cuna de vida>>. (RM 7)

²⁷ En algún tiempo se celebró en la liturgia la memoria de “Los Desposorios de José y María”. Algunas Instituciones la celebran con categoría de fiesta. Hoy no figura esa memoria en el calendario litúrgico universal de la Iglesia. Entre las 46 Misas de la Virgen, promulgadas en 1986 (15 Agosto), por la Sagrada Congregación para el Culto divino, no se registra ninguna dedicada a conmemorar el Matrimonio de José y María. Ni en la Misa 36, con el título de “*La Virgen María, Madre del Amor Hermoso*”, se hace la más leve alusión a su amor esponsal. Todo el rico contenido de esas misas puede aplicarse a la Virgen María, como si fuera una Madre Virgen soltera. Solo en la Misa 8, con el título de : *Santa María de Nazaret*, aparecen estas frases en el Prefacio: *Allí, la Virgen Purísima, unida a José, el hombre justo, por un estrecho y virginal vínculo de amor...* Pero, esto significa muy poco -observa el P. Enrique LLAMAS-, dada la importancia que tuvo el matrimonio y la Familia de Nazaret en la realización de la Encarnación y en la *historia salutis*.

²⁸ <<Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza>> (Gen 1,26). Antes de crear al hombre, parece como si el Creador entrara en sí mismo para buscar el modelo y la inspiración en el misterio de su Ser, que ya aquí se manifiesta de alguna manera como el <<Nosotros>> divino. De este misterio surge, por medio de la creación, el ser humano: <<Creó Dios al hombre a imagen suya: a imagen de Dios le creó; varón y mujer los creó>> (Gen 1,27). La paternidad y maternidad humanas, aún siendo biológicamente parecidas a las de otros seres de la naturaleza, tienen en sí mismas, de manera esencial y exclusiva, una <<semejanza>> con Dios, sobre la que se funda la familia, entendida como comunidad de vida humana, como comunidad de personas unidas en el amor (communio personarum). El <<Nosotros>> divino constituye el modelo eterno del <<nosotros>> humano; ante todo, de aquél <<nosotros>> que está formado por el hombre y la mujer, creados a imagen y semejanza divina. De esta dualidad originaria derivan la <<masculinidad>> y la <<femineidad>> de cada individuo, y de ella cada comunidad asume su propia riqueza característica en el complemento recíproco de las personas. El hombre y la mujer aportan su propia contribución, gracias a la cual se encuentran, en la raíz misma de la convivencia humana, el carácter de comunión y complementariedad. (JUAN PABLO II, *Carta a las familias*, n.6). Cfr. Sobre este tema, J. FERRER ARELLANO, *El misterio de los orígenes*, Madrid 2001, parte I cap. I, anexo. Sobre este tema, que aquí solo apunto, trata en este simposio la ponencia de Blanca CASTILLA CORTÁZAR, *Maternidad y paternidad virginales de María y José*.

El Magisterio de la Iglesia más reciente enlaza con la tradición patristica, que arranca en San Ireneo, que relaciona en tipología el primer matrimonio de la protohistoria de Adán y Eva, con el matrimonio de José y María, y que quedó casi olvidada en los siglos siguientes. En el momento más significativo y decisivo, las esposas aparecen ya prometidas a sus maridos: “Fue disuelta -dice- la seducción, por la cual había sido más seducida aquella virgen Eva, destinada ya a su marido (*iam viro destinata*) por la verdad en la que fue bien evangelizada por el Ángel aquella Virgen María, que ya estaba desposada (*iam sub viro*).”²⁹

La tipología bíblica antitética de la caída de la pareja originaria tan frecuente en los Padres desde Justino a Ireneo del Nuevo Adán, Cristo, y la Nueva Eva, María, tiene claro origen bíblico en los textos paulinos (en especial Rom 5) a la luz del Protoevangelio y Gal 4, 4. Aparece el sentido que Artola llama pleno-inclusivo, explicitado por los Padres, con una intención diversa a la anterior tipología en la que aparece como contrapuesta la pareja de la Familia de Nazaret. A mi modo de ver ambas se refieren a momentos diversos de la historia salvífica, de la Encarnación Redentora.

La primera pareja -María y José- (RM 7) hace referencia a la doble mediación materna y paterna de los esposos de Nazaret. La segunda -Cristo nuevo Adán, María nueva Eva, que comienza en los padres más antiguos- tiene en cuenta el carácter fundante en las dimensiones soterológicas del Santo Patriarca, del Corredentor y de la Inmaculada Corredentora como nueva Eva -Mediadora maternal- asociada al nuevo Adán, Mediador Capital fuente de toda mediación. La mediación paterna de José deriva, como decíamos, de ambas, teniendo en cuenta que la redención de José que le disponía a mediar en el orden hipostático de la Redención objetiva, fue liberativa -no consta que fuese preservado del pecado original aunque probablemente fue presantificado en el Seno de su Madre como -y con mayor razón que a San Juan Bautista o Jeremías- disponiéndole con aquella plenitud de gracia inicial superior a la de todos los ángeles y los santos, que le habilitaba para su excelsa misión de Padre Virginal del Verbo encarnado en el seno de la que estaba predestinada a ser su esposa y ser acogida, con su Hijo, en la casa y familia de José.

1.2 Los Corazones unidos de Jesús, María y José, como “ianua coeli”. La predestinación de la familia de Nazaret causa ejemplar, eficiente y final de la nuestra.

La predestinación de Cristo es causa ejemplar, meritoria, eficiente y final de la nuestra y de la de los ángeles, no en cuanto al acto de voluntad divina, sino en cuanto al término y efecto de la predestinación. (S.Th. III, 2, 4, 3)

La razón es que Jesucristo nos mereció, a título de de estricta justicia, con su pasión y su muerte, todos los efectos de nuestra predestinación, o sea, la vocación (“*elegit nos in ipso*”) cristiana, la justificación y la glorificación; y nos lo dispensa a través del instrumento universal de salvación que es su Iglesia, a través de la Palabra y los Sacramentos, para alabanza de la gloria de su gracia (Eph 1, 3, 6. cf. Rom.8, 19) como comenta la Encíclica “*Redemptoris Mater*” (n 8).

Dada la íntima unión de Cristo con María y José puede decirse que la predestinación de los Tres de la Familia de Nazaret, es, en la intención divina, causa “secundaria” ejemplar, meritoria, eficiente y final de la nuestra.

Según la Escuela Franciscana, María Santísima sería también corredentora de los ángeles por una especie de “corredención preventiva”. El mérito corredentor de María alcanzaría pues, todas las gracias de todas las criaturas, salvo -como es obvio- la plenitud de santidad inmaculada que recibió por su más perfecta redención -preservativa- fundada en su predestinación a ser asociada, como Madre del Redentor a la salvación del universo.

Lo que Cristo realizó como causa meritoria -mediación ascendente redentiva- y eficiente instrumental primaria -mediación descendente dispensadora del tesoro redentor-, lo realizó también María -y en dependencia de Ella, José, padre virginal- como causa meritoria y eficiente instrumental secundaria en virtud de su unión indisoluble con Cristo en la obra de nuestra salvación. (Así lo justificaremos más adelante).

²⁹ Pablo VI, *Alocución al movimiento Equipos Notre Dame* (4 de mayo, 1970); AAS., 62 (1970), 431, n. 7 ... El Papa Juan Pablo II cita este texto (RC 7), glosando algunas de las muchas enseñanzas que derivan de él. Sobre la Familia de Nazaret y en la primera familia humana, Adán y Eva, Cf. Juan Pablo II, *Carta a la Familias* (1994), n. 20.

Si todo fue creado por Dios en atención a la gloria de Cristo y de María, se sigue que también los elegidos, con su gloria, fueron ordenados a la gloria de Cristo y de María, como familia y corte de los soberanos del universo, siempre en indisociable unión con el Patriarca de la Familia de Nazaret y de su prolongación en la Iglesia, partícipe de su realeza salvífica, conquistada en el trono triunfal de la Cruz.

Se concluye que todos los hombres -y los ángeles- predestinados a la gloria deberán su salvación eterna a Cristo y a María, con José. No sólo en cuanto que su misma predestinación dependió de la de los tres sino también porque Cristo les mereció y María les conmereció, con la cooperación de José, todas las gracias habituales y actuales que, a través de toda su vida y de sus propios méritos personales, les condujeron de hecho a la perseverancia final y a la consecución efectiva de la gloria eterna en el Reino de la Jerusalén celestial.

2. A LOS QUE PREDESTINO LOS LLAMO CONFORME A SU DESIGNIO.

Dios llama a cada uno por su propio nombre a realizar en el tiempo histórico la misión personal para la que fue elegido en el decreto “ab aeterno” de la divina predestinación. Con la vocación, el Dios de la alianza se compromete a comunicar las gracias convenientes, proporcionadas para su ejecución en el tiempo, contando con su libre cooperación. Como dice Sto Tomás (3, q. 27, a.5 ad 1 y passim): “Dios da la gracia a cada uno según el fin para el cual le escoge”.

El plan de la sabiduría divina previó a María no es sólo Madre de Jesús, sino también su compañera y colaboradora en la completa victoria sobre Satanás y su reino de muerte “para restaurar la vida sobrenatural en las almas” (LG, 61). Para realizar ese plan de Dios quiso eficazmente y previó infaliblemente el misterio de la Encarnación por obra del Espíritu Santo en el seno de la esposa de José. Desde toda la eternidad Dios, que todo la obra con fortaleza y suavidad, decidió otorgar a María una plenitud de santidad inmaculada que le posibilitaría -siempre con el auxilio de la gracia eficaz- este libre consentimiento, saludable y meritorio dado en nombre de la humanidad. (cf. S.Th. III, 30, 2).

Según la escuela franciscana el primado absoluto de Cristo y de María es la razón que explica este modo de redención, que sería la opción divina más perfecta, según la cual María, preservada de cualquier vestigio de pecado original, en previsión de los méritos de su Hijo Salvador, es el fruto perfecto de una redención perfecta obrada por un perfecto redentor. María sería corredentora con su Hijo en la redención liberativa de los hombres y corredentora también de los ángeles por una especie de corredención preventiva que hace posible su fidelidad en la prueba que debieron superar para su plena glorificación por la unión y el amor beatificantes (la gracia consumada en visión). El mérito corredentor de María alcanzaría, pues, todas las gracias de todas las criaturas, ante todo la del que estaba llamado a ser su Esposo en el decreto de predestinación de la Sagrada Familia, los Tres primeros predestinados salvo -como es obvio- su propia plenitud de gracia, que recibió de su más perfecta redención preservativa fundada en su predestinación, previa a la previsión el pecado, a ser asociada con su Hijo en la donación de la gracia salvífica de todo el universo creado.

2.1 La plenitud inicial de la gracia de María y -subordinadamente- de José -en tanto que conmerecida por Ella, Madre espiritual de su Esposo- es superior a la de otra criatura celeste y terrestre por ser de orden hipostático, del que deriva la gracia de las virtudes y dones, también la de los Apóstoles y los demás justos de ambos testamentos, incluido San Juan Bautista y las jerarquías angélicas. Según la escuela franciscana -en lo que ha María se refiere-, la máxima que es posible en una pura criatura (según el anselmiano “nemo maior cogitari nequit” en el orden de la perfección de la mera criatura).

La gracia que le fue gratuitamente otorgada a José, indisociable de la de su Esposa, según el principio de inseparabilidad estaba destinada “ab aeterno” a hacer posible la respuesta afirmativa a su vocación de Cabeza de la Familia de Nazaret y Padre Virginal -y mesiánico- del Dios-hombre encarnado en la Inmaculada su esposa. Por eso debe ser estudiado en paralelismo analógico con la de María. Si la plenitud de gracia de María fue acertadamente denominada

maternal, no cabe otra calificación más adecuada para caracterizar lo que fue otorgado a José que la de “gracia paternal”.

La gracia inicial de la Virgen María es no sólo superior a la gracia final de Santos y Ángeles juntos, sino singular -única y trascendente a la nuestra- ha sido llamada gracia maternal, derivada de la plenitud de gracia capital Cristo y merecida por Él para preservarla del pecado, cuyo débito no contrajo por su predestinación “ante peccatum paevisum” (Así piensan S. Bernardino y San Maximiliano M.).³⁰ La razón de que esta superioridad estriba, en que la gracia inicial de María debió ser tal que la dispusiera para ser Madre idónea de Dios redentor indisolublemente asociada a Él en su ser y en su obrar salvífico, lo cual pertenece a un orden o jerarquía trascendente al resto de las criaturas, y por ello todas las gracias de todas las demás criaturas juntas no pueden constituirse en preparación adecuada, en virtud de la distancia “sine mensura” al orden hipostático, que confiere a la Madre de Dios cierta dignidad infinita (S. Th. I, 25, 6, 4).

No es extraño, que de María se diga que, por su Maternidad divina, tiene una <<cierta dignidad infinita>>. ³¹ Que <<alcanza los límites de la divinidad>>. ³² Que <<Dios puede hacer un mundo mayor, pero no puede hacer una Madre más perfecta que la Madre de Dios>>. ³³ Que <<la dignidad de la Madre de Dios es singularísima, sublime y casi divina>>. ³⁴

Aplicando el principio de analogía en el contexto del principio fundamental de la Teología de San José -la inseparabilidad de los Tres de la Familia de Nazaret en el plan salvífico de Dios- procuremos profundizar en las características de la gracia inicial que le fue otorgada a San José para el cumplimiento en el tiempo de la vocación a la que estaba predestinado. Era: 1/ de orden hipostático, 2/ ordenada a la paternidad virginal de Jesús, 3/ y a la paternidad mesiánica del Mesías Hijo de David.

La reflexión teológica de la vocación a la que fue llamado según el designio salvífico de Dios, el Santo Patriarca ayuda, en la predicación de San Josemaría, a perfilar e incluso a añadir rasgos que, naturalmente, no pretenden ser el acabamiento del retrato de su excelsa santidad. Son expresiones con que quiere presentar el summum de los que Dios hizo a favor del hombre, a quién escogió para hacer de padre suyo y Esposo de su Madre.

Si la gracia perfecciona y potencia la naturaleza del hombre con sus cualidades y virtudes humanas tan apreciadas por él, se explica el gozo que experimentaba en la descripción que hacía del atrayente perfil humano que tan convincentemente intuía -quien tanto le trataba en su oración contemplativa, habitualmente inmerso en las dos trinitades de la tierra y del Cielo. (Véanse textos en LMH, 26).

2.2 El amor conyugal virginal de José a su Esposa, esencial para la constitución del orden hipostático según el plan salvífico de Dios.

Cristo nació del matrimonio de San José con la Virgen Madre de Dios, según la ordenación de la divina Providencia. Ahora bien, este matrimonio virginal depende del consentimiento de José; luego por este consentimiento influye el Santo en la divina maternidad y, a través de ella, en la constitución de la unión hipostática y en todo el obrar salvífico al que ella -constituyente del ser teándrico de Cristo mediador, Sacerdote, Profeta y Rey- estaba ordenada, por designio divino que no alcanzaría la consumación hasta el Sacrificio de la Cruz.

El hijo de adulterio o el adoptivo no son bien o fruto del matrimonio, <<porque -dice Sto. Tomás- éste no se ordena a la educación de ellos>>; mientras que Cristo es efecto verdadero del

³⁰ Me ha parecido muy ilustrativo el estudio del P. L. Iammarrone sobre la *Corredención en San Maximiliano* KOLBE, en el vol. II de AA. VV., *Maria Corredentrice. Storia e Teologia*, Frigento 2000 (hasta ahora han aparecido 6 volúmenes). La predestinación por Dios “uno eodemque decreto” de la Encarnación del Verbo en el Seno de la Inmaculada, tiene como fin recapitular todo en Cristo como Rey y Cabeza del Universo creado, como vértice, centro y fin de la creación. Pero tal decreto no puede ser concebido después de la previsión del pecado, sino independientemente de él, porque Dios, que es Amor, ha creado el mundo por amor con vistas a que hubiera seres racionales capaces de devolverle amor libremente perfeccionándose y haciéndose más semejantes a Él, con el amor (“Omnia vestra sunt, vos autem Christi, Christus autem Dei”). Ahora bien, el Espíritu Santo es todo el Amor de la Trinidad, y en María, su Esposa, se compendia todo el amor que la creación puede dar a Dios en retorno. Ella responde con plenitud al amor increado. Así, en esa unión del Amor increado con el amor creado que se da en el corazón de la Inmaculada se alcanza el vértice del amor que intenta Dios como fin supremo -indisociable de la manifestación de su gloria- que no puede estar condicionado por el pecado. Por eso todas las criaturas han sido queridas y amadas por Dios en relación a la Inmaculada, la cual es -subordinadamente a su Hijo- el vértice: el centro y el fin de la creación”. Esta intuición atraviesa la teología franciscana, especialmente en S. Maximiliano Kolbe -que la llama “la ley de acción y reacción-, que canta al a la Inmaculada: “Por ti Dios ha creado el mundo. Por ti Dios me ha llamado también a mí a la existencia (SK, III, p. 716).

³¹ Santo TOMÁS, S. Th., I, q. 25, a. 6 ad 4.

³² CAYETANO, *In II-II*, 103, 4. ad 2.

³³ San BUENAVENTURA, *Speculum*, 8.

³⁴ PÍO XII, Enc. *Ad caeli Reginam*, 11-X-1954; MARÍN Documentos marianos (BAC, Madrid 1954)n. 902).

matrimonio de José y María, porque <<éste fue ordenado especialmente a recibir y educar la prole>>. Y es de notar que eso no sucedió por la ley natural de las cosas, sino por una ordenación especial que, sobrepasando las posibilidades de la naturaleza, solo podía cumplirse en la fe de la palabra del Todopoderoso, porque nada es imposible para Dios: <<Este matrimonio fue ordenado esencialmente a esto>> (ut educaretur).³⁵

Al unirse (José a María) contrayendo matrimonio, pusieron la causa moral y extrínseca – como es la causa final- para poder acoger al Verbo de Dios en el Santuario del amor y cuna de la vida que es la comunión de los esposos. El Señor ha querido iniciar la obra de la salvación en el umbral del Nuevo Testamento con esta unión virginal y santa, por medio la cual comenzaba la purificación y renovación de las familias que superasen los deletéreos estragos que causó en ellas la caída de la primera pareja fuente del mal que había inundado el mundo (cfr. RC 7e, que cita a Pablo VI).

María aceptó la elección para Madre del Hijo de Dios guiada por el amor sponsal a Dios, del cual era un reflejo por participación su amor matrimonial a su Esposo José imagen trascendente de Dios Padre. En virtud de este amor, María deseaba estar siempre y en todo “entregada a Dios”, viviendo la virginidad en el matrimonio, en comunión de amor -humano y divino a la vez, en indisoluble unión espiritual y unión de corazones- con su virginal esposo; que posibilitaba su propia virginidad.

“Pero si la virginidad, como fiel respuesta a su vocación de tal, fructifica en “maternidad y paternidad según el Espíritu”, considerada como don de Dios, es consecuencia de su predestinación de la Familia de Nazaret a acoger en la historia salvífica al Verbo encarnado redentor en la casa de José.

La maternidad plenamente virginal de María tiene un doble aspecto: su total dedicación de María a su Hijo, que es Dios (lo cual está implicado en los postulados morales de la dignidad de Madre de Dios), y un aspecto de integridad corporal que tiene analogía con la generación eterna, sin corrupción, por la que el Verbo procede del Padre.

Es interesante subrayar que en el concepto de virginidad de María unida a la de su Esposo José, que siguieron con plena y fiel disponibilidad el llamamiento a una profunda comunión de amor matrimonial quedan así íntimamente ligadas la virginidad espiritual por la que se dan a su Hijo-Dios con corazón indiviso (cf. 1 Cor. 7, 32 ss.), y la integridad corporal de la virginidad perpetua. María y José se presentan a Dios, su Padre, entregándose virginalmente, cuerpo y alma, en su abandono sencillo y total a la divina inspiración desde su infancia -que tuvo presumiblemente también José (según los escritos inspirados de almas santas como la Benerable Madre Agreda y la M. María Cecilia Baij)- sin saber a dónde le conducía. He aquí la primera cooperación de María al don de plenitud de gracia inicial maternal y paternal -que les otorgó Dios para cumplimiento de sus planes salvíficos-. A esta misericordia totalmente gratuita - cuando ambos conocen en su momento su vocación por ministerio angélico- responden abandonándose; es decir, abriéndose a todas las virtualidades de esta misericordia inicial de su llamada a la virginidad, sin querer limitarlas a su propia comprensión.³⁶

Esta consagración en el abandono se completa al confiarle a José su secreto –también el Espíritu Santo lo iba disponiendo en la misma entrega virginal con vistas a la realización en el futuro de los misteriosos designios de la divina Providencia, designios que no conocía- María se liga de modo divino a José. Los dos llevan una vida común totalmente reservada a Dios, en un mutuo abandono divino, ávidos de realizar su única voluntad.³⁷

Dios, cuando quiso salvar a la humanidad, restauró al hombre haciéndose hombre, restauró a la mujer, cuyo fin es la maternidad, naciendo de una mujer la Madre de Dios, pero también ha restaurado la familia, haciendo nacer a su Hijo en una familia humana real. San José ha sido, de hecho, el esposo verdadero, aunque virginal, de la Madre de Dios, y el

³⁵ Sto. TOMÁS DE AQUINO, en IV Sent d.30, 9.2, a.2, ad2. Sobre este tema cfr. B. LLAMERA, o. c., 135 ss. R. GARRIGOU-LAGRANGE, *De paternitate sancti Joseph*, en: Angelicum, Roma II-1945; R. GAUTHIER, *Sens et valeur de la paternité de Saint Joseph*, en Estudios Josefinos, I-1952, Valladolid, 17-37 ; S. CIRAC, *La paternidad de san José según los Padres y autores griegos*, en : Estudios Josefinos, II-1951, 176-187, y ENRIQUE DEL SAGRADO CORAZÓN, *La paternidad de San José según los Padres de Occidente*, y *La paternidad josefina en los escritores españoles de los siglos XVI y XVII*, en: Estudios Josefinos II-1951, 188-204 y II-1952, 152-178.

³⁶ M. D. PHILIPS, *El misterio de María*, Madrid, 1987, parte II c.1.

³⁷ Cfr. p. ej., la vida de San José editada por el Beato Card. Schuster, de María Cecilia Baij, cit. vol I.

verdadero padre de Jesús, no según la carne, sino verdadero padre -según el espíritu por su obediencia en la fe- con toda la autoridad ligada a la paternidad, con todos sus deberes y sus derechos. Se ve, de hecho, que Dios siempre trata a San José como a la verdadera cabeza de la Sagrada Familia, y respeta su autoridad paterna: el ángel comunica las órdenes divinas a la Sagrada Familia a través de San José; la Virgen misma se subordina perfectamente a la autoridad de San José, y le llama padre de su Hijo (Lc 2, 48).

Por su “fiat” -la obediencia de la fe- coopera eficazmente al don del Padre, convirtiéndose en Madre de Dios según la carne: “Tu fe es intacta; tu virginidad también lo será. El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Esta sombra (umbraculum) es inaccesible a los ardores de la concupiscencia, Porque concibes por la fe; porque serás madre por la fe... es por lo que será grande y será llamado Hijo del Altísimo”.³⁸

Entre María y José nacerá el amor humano, el amor más grande que haya florecido nunca en esta tierra. Pero no tendrá la misma fuente ni la misma trayectoria que en los demás hombres. Normalmente se va del amor humano al amor de Dios. Aquí el orden es inverso: es Dios el primer conocido; Dios, que despierta en cada uno el amor por el otro. Ella le confesó que se había entregado al Señor y que se proponía permanecer virgen.

José fue confirmado en su presentimiento de que también él debía permanecer virgen y que esa sería la más hermosa prueba de amor que podría dar a María. María, por su parte pensó en esa boda y en el don de sí que implicaba. No quería convertir su matrimonio en tapadera de su virginidad. Como nunca hacía nada a medias, ni siquiera por guardar las apariencias, lo concibió como un verdadero matrimonio en el que su vocación virginal florecería plenamente; sería, sí, realmente la esposa de José, al que daría todo y recibiría por entero. Han renunciado a la entrega carnal, pero no a la dulzura de la presencia física y a la comunión de proyectos; y, a causa de aquella virginidad oculta, los menores signos sensibles adquieren un valor multiplicado; los ardientes versículos del Cantar de los Cantares resuenan en sus corazones: ¡Que hermosa eres, amada mía, no hay tacha en ti...! Eres jardín cercado, hermana mía, esposa, eres jardín cercado, fuente sellada... Ponme como un sello sobre tu corazón, ponme en tu brazo como sello. Que es fuerte el amor como la muerte... Son sus dardos saetas encendidas, son llamadas de Yahvé. No pueden aguas copiosas extinguirlo, ni arrastrarlo los ríos. Presienten que su unión forma parte de un designio, aún misterioso, en el que su <<ser conyugal>> es tan necesario como su <<ser virginal>>.³⁹

2.3 *Carácter mesiánico de su paternidad virginal.*

La referencia paterna de José a Cristo es inseparable de su matrimonio con María la Madre de Dios. Pero, en virtud de la analogía entre aquella <<función paterna>> y el lugar de María <<en el misterio de Cristo y de su Iglesia>>, tal como enseña Concilio Vaticano II (LG, c.8) su mediación materna indisociable -y participada- de la mediación capital del Dios hombre, constituida por la unión hipostática, permite iluminar la lectura de las fuentes bíblicas -decíamos antes- de modo que pongan de manifiesto -explicitando su sentido pleno inclusivo a la luz del paralelismo bíblico (analogía de la fe)-, el oficio del Patriarca José en la economía redentora como Padre Mesiánico además de Virginal, del germen de David, el Mesías Rey anunciado por los profetas y prefiguraciones tipológicas veterotestamentarias.

Desde el primer capítulo del Evangelio de Mateo, que habla de Jesucristo como <<hijo de David, hijo de Abraham>>, hasta el Apocalipsis en que se presenta Cristo como <<el que tiene la llave de David>>⁴⁰, el <<León vencedor de la tribu de Judá>>, todos los libros del Nuevo Testamento quieren mostrar el cumplimiento en Cristo de las profecías sobre el descendiente de David, el rey de Israel que viene en el nombre del Señor.

³⁸ S. AGUSTÍN, Sermo 291. Cf. M.D. PHILIPS, o. c., Cfr. RM 20.

³⁹ H. CAFFAREL, *No temas recibir a María tu esposa*, Madrid 1993, 30 ss.

⁴⁰ *Isaías* 22, 22; dom. 21 A 1ª lectura: “Colgaré del hombro de mi siervo la llave de mi casa, lo que él abra nadie lo cerrará, lo que él cierre nadie lo abrirá”.

José, hijo de David (Mt 1,20), por su paternidad legal, transmitió a Jesús los derechos de la herencia davídica, la base jurídica para que pudiera ser el Mesías descendiente de David. Alejandro Diez Macho observa con razón que “Dios no parece haberse contentado con un entronque jurídico de la ley humana. Parece haber otorgado a José una paternidad superior a la legal por patrimonio o adopción: paternidad que pudiéramos llamar “constitutiva” o por decreto divino. Para entender tal paternidad basta recordar que de Dios deriva toda paternidad en el cielo en el la tierra (Ef 3, 15); que Dios puede hacer de piedras hijos de Abraham “padre de las naciones gentiles” (Rm 4, 17) ... Mateo 1, 18-25 pretende relatar, según parece, que Dios constituyó a José, precisamente cuando por una o otra razón intentaba declinar la paternidad legal, padre de Jesús por especial determinación del cielo: no sólo padre por derecho humano, padre legal, sino padre por constitución divina. La paternidad de José es, pues, singular. Por esra razón es también singular la filiación davídica de Jesús.⁴¹

Si bien en José culmina el linaje de los Patriarcas de quienes desciende Cristo en cuanto Hijo del Hombre, sería falso afirmar -observa F. Canals- su pertenencia a la antigua Alianza. José, como María su Esposa, la Madre de Jesús. No se incorporan ciertamente al Pueblo de Dios de la nueva Alianza en virtud del testimonio apostólico sobre la Resurrección de Cristo, o por la fe en el anuncio del Evangelio: la revelación del misterio de Cristo, Dios con nosotros y Salvador, la reciben de Dios por ministerio angélico. Ellos participan en la unión del Verbo con la humanidad de Cristo en la constitución del orden hipostático en el ser teándrico del Mediador y (“operari seuitur esse”) en todo el dinamismo del proceso redentivo, desde Nazareth hasta el Calvario (Redención objetiva): y, después de su glorificación, en la edificación de la Iglesia peregrina hasta la Parusía, en virtud de su singular participación en la redención subjetiva, como Padre y Señor, imagen transparente de Dios Padre y Patriarca del Pueblo de Dios. Su obediencia a la fe estaba preordenada por Dios para que se obrara en el mundo la Encarnación redentora. No pertenecen a la economía de la antigua Alianza, y no están entre los que saludan de lejos en esperanza el prometido advenimiento del Autor de la nueva y definitiva alianza, sino que se obra en ellos, en el seno de María, en la casa y en la familia de José. El consentimiento de María a la Encarnación redentora de Verbo en su Seno, y el consentimiento subsiguiente de José a acoger a la Madre y su Hijo en su casa, siendo el depositario del misterio escondido desde los siglos en Dios, son los dos primeros actos de fe cristiana que inaugura la nueva alianza. No son primeros sólo en el tiempo, sino principio activo y ejemplar de todos los que, de generación en generación, serán el fundamento de la vida sobrenatural de la Iglesia, edificada sobre la fe apostólica. La Iglesia -la familia de los hijos de Dios en Cristo, primogénito entre muchos hermanos-, es una prolongación de la Familia de Nazaret constituida por aquellos primeros actos de fe de María y José, los cuales trajeron al mundo la salvación. “Gracias Madre. Con es palabra tuya -Fiat- nos has hecho hermanos de Dios y herederos de Cielo”. (Camino 345)

2.4 La gracia paternal de José deriva de la maternidad de María. José, Hijo e su Esposa.

La maternidad espiritual de María sobre todos y cada uno de los hombres deriva de su mediación materna de la Inmaculada Corredentora fundada de modo remoto en su maternidad divina del Redentor. En cuanto supo José que María era la Madre de Dios, se sometió más que nunca a la acción de la gracia maternal de la Inmaculada Corredentora. Desde aquel momento, ex illa hora, José se hace discípulo de María, discípulo obedientísimo. Se convierte en hijo de María. La toma como lo hará San Juan, en todas las intimidades de su vida de santo, accepit eam in sua [la recibió en su casa]; la toma como madre de la vida divina en él, pues todo le llevaba al: ecce mater tua! [ha aquí a tu madre], sobre todo después de que Jesús se escondiera dentro de Ella.

Toda la santidad de San José venía del corazón de María su esposa. Es precisamente esta santidad la que le permitió ser el padre de la Sagrada Familia, ejercitar su autoridad, cumplir su sublime misión, olvidándose a sí mismo y abandonándose totalmente a la divina providencia. Es María quien le santificó. El esposo fue santificado por su santa esposa, según la ley que

⁴¹ A DIEZ MACHO, *Jesucristo “Único”. La singularidad de Jesucristo*. Ed. Fe Católica, Madrid 1976, 10. A esta misma idea apunta M. KRAMER, “Die Menschwerdung Jesse Christi nach Mattäus” (Mt 1), en *Biblica* 45 (1964) 48. “Es Dios mismo el que engendra al Mesías, y lo da como hijo adoptivo a la casa de David”. Este A. no subraya, sin embargo, la paternidad mesiánica de José por constitución divina.

proclamará San Pablo. Todo, en él, viene de la plenitud de gracia del Corazón Inmaculado de María. Como dice el Abad Ruperto: “como a San Juan santificó Cristo por medio de la madre que en las entrañas le llevaba, por medio de la misma madre comunicó a San José, una gracia suma para poder sobrellevar con ánimo tan fuerte y prudente el peso de aquel tan divino negocio”. (Cit. Por F. CANALS, o. c., 430).

3 “QUOS AUTEM VACABIT, HOS ET JUSTIFICAVIT”

3.1 La obediencia de la fe de los esposos de Nazaret como libre respuesta -unida a la firme esperanza y a la ardiente caridad- al don de Dios de la inicial plenitud de gracia maternal de María y -de ella deriva la gracia paternal de José, es la razón formal (el alma) de su participación en la redención objetiva.

“La plenitud de gracia anunciada por el Ángel significa el don de Dios mismo; la fe de María, proclamada por Isabel en la Visitación, indica cómo la Virgen de Nazaret ha respondido a este don” (RM, 12). El mismo elogio de la fe de María merece su Esposo José, hijo de David.

Por eso LG y RM insisten “en la obediencia, la fe, esperanza y ardiente caridad de la llena de gracia como “el alma” de la cooperación “prorsus singularis” en la obra salvífica de Cristo (LG 61) (en Cristo Redentor no cabe hablar sino de amor obediente, pues no hay en Él fe y esperanza en sentido propio). La singular participación de José en ella la trataremos ahora a la luz del principio de inseparabilidad y de subordinación analógica, fundada en la participación, respecto a María y su Hijo Jesús en la Familia de Nazaret. Así lo hace Juan Pablo II en la carta magna de josefología lógica de la “Redemptoris Custos”.

<<Según el explícito testimonio del Evangelio y de la constante tradición de la Iglesia, María es “la Virgen fiel” que “pronunció el fiat” por medio de la fe. De ahí “la importancia fundamental” de las palabras de Isabel “Feliz la que ha creído que se cumplirán las cosas que le fueron dichas de parte del Señor” (Lc. 1, 45). “Estas palabras se pueden poner junto al apelativo “llena de gracia” del saludo del Ángel. En ambos textos se revela un contenido mariológico esencial, o sea, la verdad sobre María, que ha llegado a estar realmente presente en el misterio de Cristo precisamente porque ha creído.” (RM, 12).

<<Estas palabras han sido el pensamiento-guía de la Encíclica Redemptoris Mater, con la cual he pretendido, con la cual he pretendido profundizar en las enseñanzas del Concilio Vaticano II que afirma: <<La Bienaventurada Virgen avanzó en la peregrinación de la fe y mantuvo fielmente la unión con su Hijo hasta la cruz>>⁴² y <<precedió>>⁴³ a todos los que, mediante la fe, siguen a Cristo...

Ahora, al comienzo de esta peregrinación, la fe de María se encuentra con la fe de San José. Si Isabel dijo de la Madre del Redentor: <<Feliz la que ha creído>>, en cierto sentido se puede aplicar esta binaventuranza a José, porque él respondió afirmativamente a la Palabra de Dios, cuando le fue transmitida en aquel momento decisivo. En honor a la verdad, José no respondió al <<anuncio>> del ángel como María con palabras, sino con obras, pues hizo lo que le había ordenado el ángel del Señor y tomó consigo a su esposa. Lo que él hizo es genuina obediencia de la fe>>. (cfr. Rom1, 5; 16, 26; 2 Cor 10, 5-6) (...) por la que se confía libre y totalmente a Dios, prestando a Dios revelador el homenaje del entendimiento y de la voluntad y asintiendo voluntariamente a la revelación hecha por él>>⁴⁴. La frase anteriormente citada, que concierne a la esencia misma de la fe, se refiere plenamente a José de Nazaret>>.

“José es el primero en participar de la fe de la Madre de Dios, y que, haciéndolo así, sostiene a su esposa en la fe de la divina anunciación”. (Ibid)

La fe de los esposos de Nazareth en cuanto “respuesta libre al don de Dios” sostenida por la esperanza y vivificada por la caridad, merece para ellos mismos un continuo “aumento de gracia y el premio de la vida eterna”; y en tanto que asociados a la Redención de Cristo que se consuma

⁴² Conc. Ecum. Vat. II, Const. Dogm. *Lumen gentium* sobre la Iglesia, 58.

⁴³ Cfr. *Ibid*, 63.

⁴⁴ Con. Ecum. Vat. II, Const. Dogm. *Dei Verbum* sobre la divina Revelación.

en el Calvario, satisfacen por el pecado y merecen -subordinadamente a Cristo y en dependencia de Él- toda la gracia salvífica para todos los hombres. Tal es el “alma” de la Corredención -mariana y josefina-, que es, en la intención de Dios, participación singular y única -decretada por Dios en un mismo decreto de predestinación- del amor obediente del Redentor hasta la muerte de Cruz, que es -a su vez- el “alma” -la razón formal- de la Redención del único Mediador, que se cumple en el Sacrificio del Calvario, en la “hora de la glorificación del Hijo del hombre” (Jn 12, 23), cuando atrae todo hacia Sí (Jn 12, 32).

3.2 La fe -con la esperanza y ardiente caridad- de María y José, causa “salutis” ejemplar, meritoria y eficiente -subordinadamente al amor obediente del Redentor- de la vida de fe de los miembros de la Iglesia peregrina.

La encíclica *Redemptoris Mater* y la exhortación *Redemptoris Custos* (num, 4,5,6) ponen el acento en la fe salvífica -en sentido plenario de plena entrega confiada de ardiente amor maternal a Dios y a los hombres- como razón formal de su presencia en el misterio de Cristo redentor y de la Iglesia. Tal es el tema fundamental de las dos primeras partes de la Encíclica mariana, que ilustra por analogía la soteriología josefina.

En ella expone la relación causal -ejemplar y efectiva- de la fe de María, con la fe de los miembros de la Iglesia peregrina por la que somos hijos de Dios -*initium salutis*, fundamento permanente de la gracia salvífica (que justifica al pecado)-. Aquella precedió -nos dice- la peregrinación en la fe del nuevo Israel de Dios por el desierto de este mundo (LG 8). (Lo mismo se puede decir de las otras virtudes teologales, que se refuerzan mutuamente).

La Iglesia desde el primer momento miró a María a través de Jesús como miró a Jesús a través de María, como la que *ha sido la primera en creer*, como testigo singular de la infancia y vida oculta de Jesús cuando “conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón”. <<Para la Iglesia de entonces y de siempre María ha sido y es sobre *todo la que ha sido primera en creer*>> (RM, 26).

¿Qué se entiende aquí por “primera”? En primer lugar se hace referencia a una prioridad temporal de precedencia en su camino de peregrinación en la fe, que se inicia en el fiat, que es el primer acto explícito de fe cristiana seguido muy pronto por el de su Esposo virginal que le constituye Padre del Hijo de su Esposa no según la carne, sino según el espíritu. Pero debe entenderse, sobre todo, en el sentido de una verdadera prioridad causal. En primer lugar de ejemplaridad, como espejo y paradigma que la Iglesia debe siempre contemplar e imitar (RM, 26). Pero se refiere también a un influjo de causalidad moral satisfactoria y meritoria y -en ella fundada- de causalidad eficiente instrumental respecto a la fe de los miembros de la Iglesia, verdadero inicio y fundamento, según el C. de Trento, de la gracia de filiación al Padre que nos justifica en la Caridad, que hace a la fe viva operativa, más allá de la concepción luterana -al menos la tópica- de la “sola fides” fiducial. Eficiencia, al menos moral, de intercesión; y según muchos mariólogos, cada vez más, a título de instrumento físico “unidual”, partícipe de su mediación capital, como mediadora maternal -en la escuela franciscana, ejemplar personal -no meramente moral de la donación del Espíritu a la Iglesia en la Hora de la glorificación del Hijo e hombre en la Cruz gloriosa- sacramentalmente presente en la Eucaristía de la que vive la Iglesia.

Por eso, Juan Pablo II ve en la fe de María -y por el principio de analogía por participación indisoluble, cabe afirmarlo también de José- más allá de la estrecha perspectiva de Lutero, que ve en ella el modelo supremo de la fe que justifica al pecador que confía en Cristo Salvador, encubriendo su corrupción-, el ejemplar y la causa activa subordinada a la infusión del Paráclito en sinergia con su Esposa, de la fe de los cristianos, que les transforma, unida a la caridad, en hijos de Dios en Cristo. El fundamento de su maternidad divina y de su maternidad espiritual respecto a los hombres, no es otro, en efecto, que su obediencia de la fe que -con la esperanza y ardiente caridad- es la razón formal de su asociación única y enteramente singular de María con José a la obra redentora, como mediadores maternal y paternal indisolublemente unidos a Cristo en su ser teándrico y en su obrar salvífico -“Unus Mediator”- en la restauración de la vida sobrenatural perdida en el pecado de los orígenes.

3.3 Singular valor del mérito y satisfacción corredentivos de San José.

Según el principio paulino (cf 1 Cor 12, 4 ss) de que a cada función específica dentro del cuerpo místico de Cristo corresponde una gracia también específica, la gracia maternal de María y paternal de José, que les fue otorgada para participar en la redención objetiva como corredentores -a semejanza de Cristo- y por tanto no sólo para su santificación propia, sino también para la santificación de todos los demás.

De esta ordenación divina de la gracia de María a merecer la gracia y satisfacer por el pecado de los demás algunos AA. deducen con toda razón -como el P. Cuervo y ya antes S. Buenaventura- que sus actos corredentivos tienen un valor de verdadera condignidad, tanto en el mérito de la gracia como en la satisfacción por el pecado, inferior al de Jesucristo, que es de justicia estricta, pero superior al nuestro que, tratándose de los demás, sólo podemos merecer para ellos la gracia con un mérito de mera conveniencia fundada en la amistad con el único Mediador, llamada de congruo. La Virgen pertenece en efecto, a un orden muy superior al nuestro, hipostático relativo, e inferior al de Jesucristo, que es el hipostático sustancial.⁴⁵

No parece suficiente la opinión tradicional, de que se hace eco S. Pio X (*Ad diem Illud*, Marín. n. 487) por la cual María mereció de congruo lo que su Hijo mereció de condigno. Si así fuera -si María merece de condigno en la redención liberativa lo que Cristo mereció de condigno-, la Corredención sería -observa Galot- un duplicado en copia-carbón numéricamente distintas y yuxtapuesta, pero no una participación de la plenitud fontal del único Mediador constituido como tal por la unión hipostática -con la esencial cooperación de la fe de María y de José libremente querido por Dios por hondas razones de conveniencia tales como hacer partícipes a las criaturas de su los planes de la Providencia enalteciéndoles como causas segundas, pero sin olvidar que la Mediación capital es Cristo, plenamente suficiente en sí mismo y esencialmente único que nada la añade; no es más perfecto como el más grande en una serie de instancias numéricas. El es la fuente de todas las gracias, que admite diversos grados de participación, el mayor de los cuales es la redención preventiva de la Inmaculada, ordenada a su cooperación activa en la divina maternidad y en la obra de la redención, en todo el proceso, desde la concepción del Salvador a su exaltación sobre la Cruz y la glorificación de su Cuerpo, que es la Iglesia.⁴⁶

Respecto a los ángeles, la Corredención de la Inmaculada, no siendo liberativa, sino preservativa, no hace referencia -como es obvio- a su dimensión expiatoria de liberación del pecado, sino sólo a su valor meritorio de verdadera condignidad, que alcanza su vértice en el amor supremo -decretada “ab aeterno” por Dios, como el modo más perfecto de corredención- de su compasión en el Calvario cuando “una espada traspasó su alma” (Lc 2, 35). De la ardiente caridad de los dos corazones unidos del Redentor y de la Corredentora, brota el agua viva del Espíritu que vivifica “la Iglesia” como instrumento y arca de salvación universal.

La dignidad a que fue elevado San José por su pertenencia directa e inmediata al orden hipostático, fundamento de las gracias singularísimas del orden de la justificación santificadora de las almas, que brota de aquél -que podemos englobar en la expresión “gracia paternal”-, sobre todo su caridad y su celo por la salvación de los hombres, hace que su mérito sea incomparablemente superior al de los demás santos de la antigua y nueva Alianza.

Los santos del Antiguo Testamento merecieron con su oración la venida del Mesías, cooperando de esta forma preparatoria a la obra de la redención. Todo esto lo mereció también San José en tanto que hijo de David, padre mesiánico del Salvador prometido, en cuya casa comienzan los misterios de la nueva alianza y en grado muy superior.⁴⁷ Aunque San José es el último de los padres descendientes de David, en cuya Casa y en su Familia se inaugura la Nueva Alianza, de mayor rango de santidad que el último de los profetas, Juan Bautista. Por eso no sólo pertenece a la Nueva Alianza, sino que es un elemento esencial de su piedra angular, la trinidad de la tierra, imagen perfecta y camino de regreso a la Trinidad el Cielo.

⁴⁵ Cf. CUERVO, *Maternidad divina y corredención mariana*, Pamplona 1967; S. LLAMERA, “El mérito corredentivo de María, *Est. Mar.*, 1951, p. 83s. En el libro que aquí resumo reivindico la soterología tomista, que entiende la satisfacción anselmiana -en términos paulinos- como expiación vicaria de Cristo nuevo Adán solidario de la humanidad, obra de justicia y misericordia, en polémica con la nueva teología -tan falsa como superficial- del misterio pascual, carente de fundamento bíblico.

⁴⁶ Cf. FEHLNER, *Il cammino della verità di Maria Corredentice*, AA. VV., *María Corredentice. Storia e Teologia*, (Vol. V, pp 33-119) 54 ss. Según la Escuela Franciscana, María Santísima sería también corredentora de los ángeles por una especie de “corredención preventiva” (como Cristo es su Redentor por sí). El mérito corredentor de María alcanzaría pues, todas las gracias de todas las criaturas, salvo la plenitud de santidad inmaculada que recibió por su más perfecta redención -preservativa- fundada en su predestinación a ser asociada, como Madre del Redentor a la salvación del universo.

⁴⁷ <<Los méritos de los Padres fueron causados en el orden de la intención por los de Jesucristo, y, al mismo tiempo, son disposición y causa de aquéllos en el orden de la ejecución>>. S. Th., III, 8,1.

El mérito corredentor de San José, muy superior y trascendente a cualquier otro santo -por su pertenencia, como uno de los Tres, al orden hipostático de la Encarnación redentora-, no es limitado y particular. Su puesto en la economía de la redención, por su íntima unión a Jesús y a María, le ponen también en un plano universal, abarcando su colaboración a todas las gracias y a todos hombres, como la misma Iglesia ha reconocido al nombrarlo su Patrono universal. Además no se reduce su cooperación meritoria a la redención subjetiva, es decir, a la aplicación de las gracias merecidas por Cristo y subordinadamente por María, sino que se extiende también a la redención objetiva, ya que su vida y sus sufrimientos físicos y morales -que evoca la tradicional devoción de sus dolores y gozos, unidos a los de Cristo y a los de su esposa, forman parte del tesoro de gracias redentoras de todo el género humano-. El agua viva del Espíritu Santo brota de los Tres Corazones unidos en la “hora de la glorificación del Hijo del hombre”, el Hijo virginal de José y de la Inmaculada Corredentora, en la que todo lo atrae a Sí desde el trono triunfal de la Cruz.

Algunos piensan, creo que con razón, que en virtud del principio de indivisibilidad de los Tres el mérito, la satisfacción corredentores de San José participan de la condignidad del de María, también en cuanto que su gracia paternal, fundamento de su singular valor meritorio y satisfactorio, deriva de los méritos de la Corredentora, Madre espiritual de su Esposo.

La humanidad de Cristo asumida por el Verbo en la Encarnación redentora es instrumento eficaz de la divinidad en orden a la santificación de los hombres: <<En virtud de la divinidad, las acciones humanas de Cristo fueron salvíficas para nosotros, produciendo en nosotros la gracia tanto por razón del mérito, como por una cierta eficacia>>. ⁴⁸

Ahora bien, entre estas acciones los evangelistas resaltan las relativas al misterio pascual, pero tampoco olvidan subrayar la importancia del contacto físico con Jesús en orden a la curación (cfr. por ejemplo, Mc 1, 41) y el influjo ejercido por Él sobre Juan Bautista, cuando ambos estaban aún en el seno materno (cfr. Lc 1, 41-44).

El testimonio apostólico no ha olvidado la narración del nacimiento de Jesús, la circuncisión, la presentación en el templo, la huida a Egipto y la vida oculta en Nazareth, por el <<misterio de gracia contenido en tales <<gestos>>, todos ellos salvíficos, al ser partícipes de la misma fuente de amor: la divinidad de Cristo. Si este amor se irradia a todos los hombres a través de la humanidad de Cristo, los beneficiados en primer lugar eran ciertamente: María, su madre, y José, su padre.

Por eso Juan Pablo II dice que “*si bien el camino de la peregrinación en la fe (de san José) concluyó antes*” de la Cruz del Gólgota y los acontecimientos pascales, pues le fueron confiados a su fiel custodia los misterios salvíficos de la vida oculta de Jesús “*sigue en la misma dirección*”; *es decir, proyectándose intencionalmente más allá de los primeros misterios de salvación, hasta el Calvario, como depositario singular del misterio de salvación (en su integridad) escondido desde los siglos en Dios* (Ef. 39) cuyo vértice es cuando llegue la plenitud de los tiempos, la encarnación redentora consumada en el misterio pascual (Cfr. RC6).

3.4 Participación de San José en los misterios salvíficos de la vida oculta de Nazaret

La Pascua del Señor es el misterio recapitulador de todos los “acta et passa Christi” (CEC. 115). Todos los instantes de su existencia histórica eran revelación el Padre y modelo ejemplar para imitar y causa de salvación, en virtud de su valor infinitamente satisfactorio y meritorio. Pero *aunque infinitamente salvíficos en sí mismos, por disposición divina no eran redentivos sino en cuanto intencionalmente referidos al Sacrificio del Calvario, que en la medida decretada por Dios para el rescate de las almas al precio de su Sangre, que mereció la resurrección de entre los muertos, su ascensión a la derecha del Padre y el envío del Espíritu – fruto de la Cruz–, que nos hace partícipes de la novedad de vida de Cristo glorioso.*

Todo lo que Jesús hizo, dijo y sufrió tuvo como finalidad restablecer al hombre caído en su vocación primera. Cuando se encarnó en el seno de María y se hizo hombre, creciendo en la casa de José y en toda su existencia histórica hasta su vuelta al Padre, recapituló en sí mismo la larga historia humana y todas las edades del hombre procurándonos en la propia historia la salvación de todos. Así, lo que perdimos en Adán, lo recuperamos en Cristo Jesús (S. Ireneo, haer 3, 18)

⁴⁸ *Ibid.*, III, q. 8 a. I, ad I.

devolviendo a todos los hombres la comunión con Dios (es decir, la gracia de la Filiación divina -la semejanza sobrenatural con Dios) y la restauración de su imagen en su naturaleza caída deteriorada (“in deterius immutata”) por el pecado de los orígenes. Todo lo que vivió y sufrió por nosotros, de una vez por todas, permanece presente para siempre “ante el acercamiento de Dios en nuestro favor”.⁴⁹

La realización histórica del designio salvífico de Dios, se cumple haciéndonos participar de los misterios de la vida de Cristo, no sólo porque son modelo y ejemplo para la nuestra, sino también causa meritoria y eficiente de la gracia significada por ellos -en tanto que recapitulados en el misterio Pascual- por el ministerio de la Palabra y los Sacramentos, cuya eficacia salvífica deriva de la presencialización eucarística del Sacrificio Pascual, de la cual vive la Iglesia (más adelante volveremos sobre ello). (Cfr. S. Juan Eudes, regn). De este modo todo lo que Cristo vivió hace que podamos vivirlo en Él y que Él lo viva en nosotros (CEC 531).

Toda la vida de Cristo es revelación del Padre, redención y recapitulación que reconcilia con Dios a la humanidad dispersa por el pecado: Toda ella es, pues -en todos y en cada uno de sus misterios- "causa salutis aeternae" (Heb 5, 9. Cfr. CEC 516-518). Pero sin olvidar que la Pascua del Señor es el misterio recapitulador de todos los "acta et passa Christi". Cuando llegó su hora (Cfr. Jn 13, 1; 171) vivió el único acontecimiento de la historia que no pasa... El acontecimiento de la Cruz y de la Resurrección permanece y atrae todo hacia la vida (Cfr. CEC 1085). Es el centro del misterio del tiempo y recapitulación de la historia salvífica hasta al Parusía.

“Quod conspicuum erat in Christus transivit in Ecclesiae Sacramenta” (San León Magno, Sermón 74, 2. Cfr. CEC 1115). Los misterios de su vida no tienen, pues, sólo una razón paradigmática o ejemplar, sino de eficiencia de la gracia por ellos significada, que nos conforma a Cristo en uno u otro aspecto de su vida, cuya ejemplaridad activamente presente en la del Espíritu Santo, nos asimila a Cristo identificándonos con Él; haciéndonos ser -en una y otra dimensión- “el mismo Cristo”, “*ipse Christus*” (por participación).

Así, el Verbo asume en la Encarnación redentora todas las dimensiones esenciales del hombre, en especial la familiar y su vocación de dominio cuasi creador del Universo (trabajo en el sentido más amplio que engloba que engloba todos los ámbitos de la cultura que precisa para su desarrollo perfectivo en sociedad)-, constitutivas ambas de la condición humana, con vistas restaurar la imagen de Dios en el hombre, varón y mujer; y haciendo de ellas realidades santificadas y santificadoras.

Pocos datos nos da la Escritura sobre aquellos treinta años de oscuridad de Jesús, la mayor parte del paso salvífico en su existencia histórica redentora entre sus sus hermanos los hombres.⁵⁰ “Treinta años de sombra, pero para nosotros claros como la luz del sol. Mejor, resplandor que ilumina nuestros días y les da una auténtica proyección, porque somos cristianos corrientes que llevamos una vida ordinaria, igual a la de tantos millones de personas en los más diversos lugares del mundo... Y ese el “fabri filius” (Mt 12, 35). Era Dios y estaba realizando la redención del género humano, atrayendo a Sí todas las cosas (Jn 12, 32)”.⁵¹

Se dicen tres cosas: obedecía, crecía, trabajaba, referidas a su vida en Nazaret, además de la referencia al cumplimiento de sus deberes religiosos, peregrinación a Jerusalén,⁵² etc., de quien estaba bajo la ley, como nacido de Mujer, desposada con el hijo de David, José de Nazaret.

Desde hace tiempo me llamó la atención que en esos breves trazos se hace referencia a las dimensiones constitutivas propias de todos y cada uno de los hombres. He aquí porqué la vida de la familia de Nazaret sea imitable por cualquier hombre en cualquier estado y género de vida y de modo especial por los cristianos corrientes (cfr. RC 24 y 33).

Siete son, a mi modo de ver, las dimensiones esenciales del hombre como persona mutuamente implicadas, (fundadas en la primera las otras seis): "Homo religatus" por su respecto creatural constituyente originario; "Homo socialis", por su esencial respecto de socialidad a los otros (cuyo fundamento originario no es otro que la coexistencialidad esencial a la persona y la dimensión coexistencial y corpórea o reiforme del "hombre", en la necesaria disyunción constituyente de la diversidad más radical de la persona humana, varón, mujer) fundamento de la familia, imagen de la comunión de la Familia Trinitaria; "Homo sapiens", por su constitutiva apertura al orden trascendental; "Homo viator", por su libre autorrealización ética heterónoma; "Homo faber et oeconomicus", por sus relaciones de

⁴⁹ Hb 9, 24. Cfr. CEC 519.

⁵⁰ T. STAMARE, *Il Vangelo della Vita Nascosta di Gesù*, Bornato di Franciacorta 1998.

⁵¹ *Es Cristo que pasa*, cit, n. 14.

⁵² Cfr. RC 15,25-27. Ese tema que omito aquí lo expongo en el libro que resumo.

dominio cuasi—creador al cosmos infrahumano mediante la ciencia y la técnica; "Homo historicus", por su libre autorrealización en sociedad, desde la temporeidad propia de su condición psicosomática; y finalmente, "Homo ludicus", que en virtud de su condición "tempórea" —por la que asume consciente y libremente la duración temporal propia de lo material— precisa de espacios "festivos" de distensión y de más intensa contemplación de la Belleza. Aquí se incluye el arte, la poesía y la contemplación mística. Si bien los dos primeros inciden en el ámbito de la "techne" —los griegos incluían en ella el arte y la técnica— y la ética en la dimensión sapiencial. La "apertura religada" al Fundamento debe ser omniabarcante. La dimensión cultural o religiosa se actúa no sólo de modo directo, sino en la mediación de toda la existencia personal, en unidad de vida.⁵³

“Esos años ocultos del Señor no son algo sin significado, ni tampoco una simple preparación de los años que vendrían después: los de su vida pública”. No trabajó viviendo una sencilla vida de familia para redimirnos a continuación -le oíamos decir- sino que nos redimió trabajando, obedeciendo y creciendo en libre aceptación -amor obediente- (el alma de la Redención) a la voluntad el Padre que así lo había decretado por nuestra salvación. “Desde 1928 comprendí con claridad que Dios desea que los cristianos tomen ejemplo de toda la vida del Señor. Entendí especialmente su vida escondida, su vida de trabajo corriente en medio de los hombres: el Señor quiere que muchas almas encuentren su camino en los años de su vida callada y sin brillo. Obedecer a la voluntad de Dios es siempre, por tanto, salir de nuestro egoísmo; pero no tiene por qué reducirse principalmente a alejarse de las circunstancias ordinarias de la vida de los hombres, iguales a nosotros por su estado, por su profesión, por su situación en la sociedad”.⁵⁴

“Sueño -y el sueño se ha hecho realidad- con muchedumbres de hijos de Dios, santificándose en su vida de ciudadanos corrientes, compartiendo afanes, ilusiones y esfuerzos contra las demás criaturas. Necesito gritarles esta verdad divina: si permanecéis en medio del mundo, no es porque Dios se haya olvidado e vosotros, no es porque el Señor no os haya llamado. Os ha invitado a que continuéis en las actividades y en las ansiedades de la tierra, porque os ha hecho saber que vuestra vocación humana, vuestra profesión, vuestras cualidades, no sólo son ajenas a sus designios divinos, sino que Él las ha santificado como ofrenda gratísima al Padre”. (Cfr. *Es Cristo que pasa*, p. 61).

3.4- Cooperación de San José en la Redención de la dimensión familiar del hombre.

Junto con la asunción de la humanidad, en Cristo está también <<asumido>> todo lo que es humano, en particular, la familia, como primera dimensión de su existencia en la tierra. (Cfr. RC 21). Ya hemos tratado del tema en la perspectiva de la vocación de José a la paternidad virginal y mesiánica del Verbo encarnado en el Seno de su Esposa y acogido en su casa, Cabeza de la Familia de Nazaret. Aquí volveremos sobre él en su vertiente soterológica.

a. *Matrimonio y paternidad virginales de José.*⁵⁵

a.1 Redención de la sponsalidad humana.

El varón y la mujer, justificados por la presencia del Espíritu, están en grado de reintegrar en su originaria verdad el significado de su corporeidad y de su sexualidad, puesto que han sido capacitados —en virtud de la obra redentora, con la cooperación de María y José— para hacer de sí mismos, en el amor, un don total.

⁵³ Cfr. Joaquín FERRER ARELLANO, "Curso policopiado de Antropología filosófica de 1970" profesado en la Universidad de Navarra y *Metafísica de la relación y de la alteridad*. (Persona y relación). Pamplona 1998 (Eunsa).

⁵⁴ Cfr. San Josemaría E. *Es Cristo que pasa*, p60-61

⁵⁵ J. A. CARRASCO, *Matrimonio y paternidad de San José*, Valladolid 1999. El A. expone el "status quaestionis" sobre el tema resumiendo bien lo que se ha escrito hasta entonces. Cfr. también los cuadernos de *Estudios Josefinos* de las Carmelitas de Valladolid, nn 15, 16,17 del año 1954-55, con bibliografía antigua abundante sobre el matrimonio virginal de María y José. B. LLAMERA, *Teología de san José*, Madrid 1953. E. LLAMAS (Enrique del Sagrado Corazón), *La paternidad josefina en los escritores de los siglos XVI y XVII*, en *Estudios Josefinos* II (1952), 152-158, dedicado a este tema.

El estrecho y virginal vínculo de amor que ya existió desde los desposorios ya orientados por inspiración del Espíritu Santo a una unión virginal (así lo confirman los escritos inspirados de la sierva de Dios Madre María Cecilia Baij fue asumido por el misterio de la encarnación. Cuando había decidido retirarse para no estorbar el misterio, en las palabras del Ángel en la anunciación, vuelve a escuchar la verdad sobre su propia vocación, que confirma el vínculo esponsal. (Cfr. RC 19).

<<El virginal vínculo de amor matrimonial, don del Espíritu Santo, que es el máximo consorcio y amistad, le fue dado a José como esposo de la Virgen, no sólo como compañero de vida, testigo de la común virginidad y tutor de la honestidad, sino también para que participara, por medio del pacto conyugal de la excelsa grandeza de Ella>> (RC 20).

José, obediente al Espíritu Santo, encontró justamente en Él la fuente del amor, de su amor esponsal de hombre, y este amor fue más grande que el que aquél <<varón justo>> podía esperar según la medida del propio corazón humano.

<<No estoy de acuerdo con la forma clásica de representar a San José como un hombre anciano, aunque se haya hecho con la buena intención de destacar la perpetua virginidad de María. Yo me lo imagino joven, fuerte, quizá con algunos años más que nuestra Señora, pero en la plenitud de la edad y de la energía humanas

>> (...) Joven era el corazón y el cuerpo de San José cuando contrajo matrimonio con María, cuando supo del misterio de su maternidad divina, cuando vivió junto a Ella respetando la integridad que Dios quería legar al mundo, como una señal más de su venida entre las criaturas. Quien no sea capaz de entender un amor así, sabe muy poco de lo que es el verdadero amor, y desconoce por entero el sentido cristiano de la castidad>>. (Cfr. *Es Cristo que pasa*, 40).

La fecunda virginidad de María, indisociable de la de su Esposo José, Padre Virginal de Jesús -padre no según la carne, sino según el espíritu- es el fundamento –subordinadamente al Redentor- de la fecundidad espiritual de la virginidad cristiana y de la redención del matrimonio cristiano, llamado a ser, en su plenitud, amor conyugal según el espíritu, que domina la carne en la plena libertad del ser por la plenitud de la filiación divina tal y como estaba previsto por el plan originario de Dios “en el principio”, hasta llegar a la armonía conyugal del estado de justicia original.

La destrucción causada por el pecado y la sexualidad humana consiste en la desintegración entre éstos y la persona humana en cuanto tal, en su <<degradación>> a meros objetos, y cuya raíz es la decisión del hombre de no permanecer en confianza y verdad en sus relaciones con Dios creador. En consecuencia, la redención del cuerpo y de la sexualidad tiene su principio reconstrucción del hombre hacia aquella verdad y confianza. Y esto sólo puede ocurrir de un único modo: mediante la revelación del Amor de Dios al hombre, mediante la manifestación de su rostro de Padre. Una manifestación que no resuene solamente en los oídos de quien la escucha, sino que logre penetrar hasta el fondo del corazón del hombre, y le de así esa experiencia del Amor del Padre que lo atraiga interiormente hacia Sí por el envío del Espíritu Santo, fruto de la Cruz. La consecuencia de esta <<inhabitación>> es que el cuerpo humano se vuelve templo del Espíritu Santo y que, de esta manera, el hombre es liberado de aquellas esclavitudes respecto de sí mismo que le impiden abrirse, darse y constituir una verdadera comunión con el otro.

La antigua Ley de Moisés muestra siempre al hombre hacía qué cosas y valores está realmente llamado. Sin embargo, por su incapacidad de sanar o restaurar la libertad humana, la ley acaba haciendo concesiones a la malicia de esa libertad: éste es el sentido del pacto con la dureza del corazón del hombre. <<La ley fue dada por medio de Moisés, pero la gracia y la verdad han venido por medio de Jesucristo>>. En esta <<gracia y verdad>>, venidas solo a través de Cristo, la corporeidad y la sexualidad humanas son redimidas y pueden, en consecuencia, ser reconducidas a la obediencia de aquella ley prevista <<al principio>>.⁵⁶

a.2 Dimensión soterológica de la paternidad virginal de José según el espíritu.

⁵⁶ “Si no fuese por el fomes no se alabaría la virginidad por encima de la paternidad que hace al hombre más semejante a Dios en cuanto el hombre mediante ella procede del hombre como Dios de Dios por origen natural y vital”. S. Th., I, 93, 3c. Cfr. C. CAFARRA, *Sexualidad a la luz de la antropología y de la Biblia*, Madrid, 3ª ed. 1992, 45 ss

“La Familia de Nazaret, inserta directamente en el misterio de la Encarnación, constituye un misterio especial. En esta Familia José es el padre; no es una paternidad derivada de la generación; y sin embargo, no es <<aparente>> o solamente <<sustitutiva>>, sino que posee plenamente la autenticidad de la paternidad humana y de la misión paterna en la familia. En ello está contenida una consecuencia de la unión hipostática: la humanidad asumida en la unidad de la Persona divina del Verbo-Hijo, Jesucristo. En este contexto está también <<asumida>> la paternidad humana de José” (RC 21).

El hijo de María es también hijo de José en virtud del vínculo matrimonial que les une: <<A raíz de aquel matrimonio fiel ambos merecieron ser llamados padres de Cristo; no sólo aquella madre, sino también aquel padre, del mismo modo que era esposo de su madre, ambos por medio de la mente, no de la carne.

Con la potestad paterna sobre Jesús, Dios ha otorgado también a José el amor correspondiente aquel amor que tiene su fuente en el Padre, <<de quien toma nombre toda familia en el cielo y en la tierra>> (Eph 3, 15).

“Hay algo que no me acaba de gustar en el título de padre putativo, con el que a veces se designa a José, porque tiene el peligro de hacer pensar que las relaciones entre José y Jesús eran frías y exteriores. Ciertamente nuestra fe nos dice que no era padre según la carne, pero no es esa la única paternidad. <<A José -leemos en un sermón de San Agustín (Sermo 51, 20, PL 38, 351)- no sólo se le daba el nombre de padre, sino que se le debe más que a otro alguno. Y luego añade: ¿Cómo era padre? Tanto más profundamente padre, cuanto más casta fue su paternidad>>. (Es Cristo que pasa, 42).

b. Educación. (“Les obedecía”. “Crecía en edad, sabiduría y gracia”).

<<José amó a Jesús como un padre ama a su hijo, le trató dándole todo lo mejor que tenía. José, cuidando de aquel niño, como le había sido ordenado, hizo de Jesús un artesano: le transmitió su oficio.

El Verbo de Dios se sometió a José, le obedecía y le dio aquel honor y aquella reverencia que le deben los hijos a los padres. (Jesús compartió, durante la mayor parte de su vida, la condición de la inmensa mayoría de los hombres: una vida cotidiana sin aparente importancia, vida de trabajo manual, vida religiosa judía sometida a la ley de Dios (cf. Ga 4, 4), vida en la comunidad. De todo este período se nos dice que Jesús estaba "sometido" a sus padres y que "progresaba en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y los hombres" (Lc 2, 51-52)). Cfr. CEC 531.

Jesús veía en su padre José la sombra de la gloria del Padre, su Icono transparente. Bossuet los expresa elocuentemente: ¿De donde le viene la audacia para mandar a su Creador? De que el auténtico Padre de Jesucristo, el Dios que lo ha engendrado desde la eternidad, habiendo elegido a José para hacer de padre de su único Hijo en el tiempo, le ha iluminado con un resplandor, con una chispa del amor infinito que siente por su Hijo. (Sermón sobre San José de 1661).

Además Jesús, en cuento hombre crecía en sabiduría.

La mayor parte de los teólogos, como San Buenaventura, Sto. Tomás de Aquino en sus obras primeras, e incluso en tiempos posteriores, como Escoto y Suárez, negaron -sin apoyo alguno en la gran Tradición- que Cristo tuviese una ciencia verdaderamente adquirida, pues, pensaban que era más congruente con la dignidad del Verbo hecho carne afirmar que su Humanidad había poseído desde el principio todos estos conocimientos por ciencia infusa.⁵⁷

Sin embargo, el mismo Tomás de Aquino, para no lesionar la radicalidad con que el Verbo se hace hombre, afirma en sus obras de madurez, rectificando sus anteriores tesis, que hubo en Cristo una verdadera ciencia adquirida, siendo connatural al hombre la actividad abstractiva del intelecto agente, con las características propias de este saber experiencial, en especial, su carácter progresivo. Fue precisamente esa preocupación por salvaguardar la plena humanidad del Salvador la que condujo a Sto. Tomás de Aquino a admitir en su madurez (rectificando en la Suma Teológica su negación anterior) la ciencia experimental adquirida de Cristo. Pero aún entonces

⁵⁷ Cf. H. SANTIAGO-OTERO, *El conocimiento de Cristo en cuanto hombre en la teología de la primera mitad del siglo XII*, Eunsa, Pamplona 1970; J.T. ERNST, *Die Lehre der hochmittelalterlichen Theologen von der vollkommenen Erkenntnis Christi*, Herder, Friburgo, 1971. Cfr. S. TOMÁS DE AQUINO, *In Sent III*, d.14, q.5, a.3, ad 3; d.18, q.1, a.3, ad 5; S. BUENAVENTURA *In III Sent.*, d.14, a.3, q.2; J. ESCOTO, *In III Sent.*, d.14, q.3; F. SUAREZ, d.30, s. 2. Véase la excelente exposición que hace sobre el tema F. OCARIZ, L. F. MATEO SECO, J.A. RIESTRA, *Cristología*, Pamplona, 1991, 214 ss.

rechazó que pudiera aprender algo de cualquier hombre como contrario a su dignidad de "Caput Ecclesiae, quinimmo omnium hominum".

Esta negación era inaceptable. La piedad cristiana siempre ha intuído que Jesús aprendió de María y de José, a quienes estaba sujeto.⁵⁸ Sto. Tomás, participaba de la idea, teñida de platonismo, -común entonces-, de que para ser verdaderamente hombre, sería suficiente satisfacer al tipo intemporal de humanidad, dejando en la sombra un aspecto que es esencial al hombre "viator": la noción de desarrollo o crecimiento en el tiempo, si -como el propio Santo Tomás enseña- la noción de "ratio" implica la de movimiento y progreso. De ahí su negación de todo aumento de gracia y sabiduría en la vida del Señor -salvo en sus efectos- que parece contraria al texto de S. Lucas, y contradice la condición -necesariamente progrediente, en cuanto "viator"- de quien es plenamente "verus homo", aunque no "merus homo".

Si es verdad que podemos distinguir ciencia de visión, ciencia infusa y ciencia adquirida, con todo, no podemos separarlas: "Por el hecho de no existir más que una sola facultad de conocer, esas tres ciencias no forman más que un único conocimiento total, de la misma manera que dicho conocimiento humano total se une al conocimiento divino en la unidad de un solo agente conocedor que es el Verbo encarnado"⁵⁹.

Como hiciera ya en el s. XVII el gran Doctor de Alcalá Juan de Sto. Tomás, la teología de entreguerras ha estudiado de manera convincente la necesaria conexión entre los tres tipos de conciencia como funciones vitales complementarias para hacer posible el ejercicio de su misión reveladora, parte esencial de la tarea salvífica del Mediador, Sacerdote, Profeta (Maestro) y Rey.

No faltan, por fortuna, esclarecimientos y desarrollos actuales de aquella teología clásica que avanza en la buena dirección, intentando superar sus insuficiencias sin abandonar perennemente válido de aquella fecunda tradición. Una teología renovada ha de compensar con esa atención a la existencia histórica de Jesús de Nazaret las deficiencias de que adolece gran parte de la especulación cristológica del pasado, pero sin abandonar sus logros y riquezas, como tantos han hecho sin el debido control de las fuentes teológicas con una hermenéutica adecuada. Ha de recuperar, en especial, la dimensión histórica de la vida humana de Jesús en su estado de kenosis, el aspecto personal de sus relaciones con Dios, su Padre, en obediencia y libre sumisión a María y José, y finalmente, el motivo soteriológico que constituye el fundamento de su misión mesiánica. Esta vuelta y esta mirada renovada al Jesús real de la historia someten a la teología de su psicología humana a una cierta revisión. Es preciso prestar más atención a los misterios de su vida, felizmente recuperados en el nuevo catecismo oficial, muy rico en la mejor teología bíblica.⁶⁰

⁵⁸ Baste este conocido testimonio de Mons. ESCRIVÁ DE BALAGUER: "Pero si José ha aprendido de Jesús a vivir de un modo divino, me atrevería a decir que, en lo humano, ha enseñado muchas cosas al hijo de Dios. Hay algo que no me acaba de gustar en el título de padre putativo... Ciertamente nuestra fe nos dice que no era padre según la carne, pero no es esa la única paternidad" y cita a S. Agustín... "Por eso dice S. Lucas: se pensaba que era padre de Jesús. ¿Por qué dice solo se pensaba? Porque el pensamiento y juicio humanos se refieren a lo que suele suceder entre los hombres. Y el Señor no nació del germen de José. Sin embargo, a la fe y a la caridad de José, le nació un hijo de la Virgen María, que era Hijo de Dios" (Sermón 50,20. PL 38, 351).

"José amó a Jesús como un padre ama a su hijo, le trató dándole todo lo mejor que tenía. José, cuidando de aquel Niño, como le había sido ordenado, hizo de Jesús un artesano: le transmitió un oficio... Jesús debía parecerse a José: en el modo de trabajar, en rasgos de su carácter... No es posible conocer la sublimidad del misterio... ¿Quién puede enseñar algo a Dios?. Pero es realmente hombre, y vive normalmente: primero como un niño, luego como un muchacho, que ayuda en el taller de José; finalmente como un hombre maduro, en la plenitud de su edad.. "Jesús crecía en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres" (Luc. 2,52). José ha sido en lo humano, maestro de Jesús" (Es Cristo que pasa, n.55)

⁵⁹ E. MERSCH, *La Théologie du corps mystique*, t. I, p. 290. La persona divina del Verbo conserva la plenitud de su divinidad en su estado de encarnación. Conserva, pues, la actualidad y la plenitud de su <<ciencia>>, de su <<pensamiento>> común a las tres Personas divinas. Pero si la persona divina asume la naturaleza humana es para existir, actuar y vivir humanamente.

¿Habrá que concebir en Jesús dos conocimientos, dos vidas de pensamiento paralelas y sin comunicación alguna entre ellas? No. La unidad de la persona y de la vida personal se opone a tal concepción. Por otro lado, la luz de toda inteligencia creada es participación en la inteligencia divina. Las *tres ciencias* que la tradición teológica atribuye a Cristo hombre: la adquirida por su inteligencia en virtud de sus fuerzas naturales, que son humanas y semejantes a las nuestras; los conocimientos que le vienen infundidos por Dios mismo (connatural a los ángeles), y el conocimiento inmediato e intuitivo de su propia divinidad. No son sino tres grados de participación en el pensamiento divino, pero que constituyen en realidad una sola vida de pensamiento, un solo ser que piensa, una verdadera unidad de conciencia. Cf. M.J. NICOLAS, o. c. 206.

⁶⁰ Son muchos los teólogos de nuestros días que ignoran, de modo llamativo, claros datos evangélicos acerca de la misteriosa psicología de Cristo ("verus, sed non purus homo") -cuando no los someten a una exégesis inadecuada, reductiva, y a veces, corrosiva (IV A)- no faltan interesantes planteamientos actuales más sensibles a aquellas exigencias. He seleccionado, por su indudable interés, algunas propuestas de J. Maritain (que tanto agradaron, e hizo suyas, poco antes de morir, el gran Teólogo Charles Journet). Estos, y otros autores que no he abordado en mi estudio, ayudan a colmar aquellas lagunas de un modo convincente y respetuoso con la gran tradición, a la cual enriquecen sin abandonarla, en homogéneo y feliz desarrollo.

Cfr. J. FERRER ARELLANO, *Sobre la inteligencia humana de Cristo. Examen de las nuevas tendencias*, en Actas del XVIII Symp. de Teología de la Universidad de Navarra, Pamplona 1998, 465-517. Muestro ahí como la perspectiva alejandrina (de arriba abajo) si bien complementaria a los de inspiración antioquena (de abajo arriba), -más atenta a la plena historicidad de la condición kenótica de siervo del "*perfectus homo*"-, debe primar sobre esta última, pues no es "*purus homo*". De lo contrario encontraremos notables desviaciones como puede comprobarse en numerosas cristologías de abajo arriba no calcedonianas que ahí se examinan, junto con otras propuestas muy valiosas (J. Maritain, V. Balthasar, González Gil, p. ej.) que toman en consideración el pleno reconocimiento de la condición histórica de la existencia pre-pascual de Cristo, superando las deficiencias de la Teología clásica -poco sensibles a la condición histórica del hombre y a la profundización de la noción de conciencia-, pero sin abandonar la gran Tradición en continuidad de homogéneo desarrollo, en la línea ya emprendida antes en la Cristología francesa de entreguerras.

Si José ha aprendido de Jesús a vivir de un modo divino, me atrevería a decir que, en lo humano, ha enseñado muchas cosas al Hijo de Dios. No es posible desconocer la sublimidad del misterio. Ese Jesús que es hombre, que habla con el acento de una región determinada de Israel, que se parece a un artesano llamado José, éste es el Hijo de Dios. y ¿quién puede enseñar algo a Dios? Pero es realmente hombre, y vive normalmente: primero como niño, luego como muchacho, que ayuda en el taller de José; finalmente, como un hombre maduro, en la plenitud de su edad. Jesús crecía en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres (Lc II, 52).

Jesús debía parecer a José: en el modo de trabajar, en rasgos de su carácter, en la manera de hablar. En el realismo de Jesús, en su espíritu de observación, en su modo de sentarse a la mesa y de partir el pan, en su gusto por exponer la doctrina de una manera concreta, tomando ejemplo de las cosas de la vida ordinaria, se refleja lo que ha sido la infancia y la juventud de Jesús y, por tanto, su trato con José. (*Es Cristo que pasa*, 55,56).

3.5 Redención del trabajo humano. “Fabri Filius”.(Cfr. RC, 22 a 24)

Según el axioma patrístico “quod non est assumptum, non est redemptum”, la realidad humana del trabajo, dimensión también constitutiva del hombre, según el proyecto divino de la creación que fue asumido en la Encarnación del Verbo junto con su dimensión familiar, haciendo de él una realidad redimida y redentora. El trabajo, como dimensión de la persona creada a imagen de Dios, llamado a participar en la obra creadora de Dios es un don de Dios, testimonio de la dignidad del hombre, ocasión de desarrollo de la propia personalidad. Es vínculo de unión con los demás seres, fuente de recursos para sostener a la propia familia; medio de contribuir a la mejora de sociedad, en la que se vive, y al progreso de toda la humanidad”.

“Pero, además de ser participación en la obra creadora de Dios, al haber sido asumido por -Cristo, el trabajo se nos presenta como realidad redimida y redentora: no sólo es el ámbito en el que el hombre vive, sino medio y camino de santidad, realidad santificable y santificadora”.⁶¹

Tal dimensión divina le fue dada al trabajo a partir de la vida redentora de Cristo. Pero -no está de más recordarlo- los efectos de la redención se anticiparon en su Madre, y por mediación de Ella, en José. Y, por la misma razón teológica, hay que decir que en María y José su virtud era ya cristiana. Así se entiende que de San José se pueda afirmar que su vida profesional, el trabajo, fue el cauce de esa santidad ordinaria que, aprendida precisamente del Evangelio, predicaba el Fundador del Opus Dei y que resumía en su triple lema: santificar el trabajo; <<santificarse con la profesión, santificar la profesión y santificar a los demás con la profesión>>.⁶²

3.6 José, Corredentor con María en el Sacrificio del Calvario.

El “fiat” inicial de María y José es el comienzo de un proceso de cooperación a la obra redentora que abarca todos y cada uno de los instantes de la vida su Hijo, que llega a su consumación en su Pasión y muerte en el Calvario. En la Cruz llega a su consumación toda una vida de fe y amor que dan valor corredentor a todas y cada una de las acciones y sufrimientos de María en íntima asociación a su Hijo (RM 39). En la cumbre del Calvario se consuman y alcanzan cumplimiento acabado el “ecce venio” (Heb. 10,7) con que Jesucristo, el Hijo de Dios, empezó su mortal carrera, el “ecce ancilla” (Lc 1,38) con que María se pliega a los planes redentores del Altísimo y el elocuente silencio de José que hizo cuanto se le había ordenado aceptando como proveniente de Dios (RC 4) el misterio realizado en María, su esposa “escondida desde siglos en Dios”. La escena de Nazaret con la que comienza la acogida del Verbo en el seno de María en la casa de José para nuestra salvación, *proyectó* al Hijo, a la Madre y a su padre virginal a la cumbre del Gólgota, íntimamente asociados en el doloroso alumbramiento de la vida sobrenatural restaurada, que brota de los Tres Corazones unidos de la trinidad de la tierra, el camino -no hay otro- hacia la comunión salvífica en la *Verdad* y la *Vida* de la Trinidad del Cielo.

⁶¹ *Es Cristo que pasa*, cit.

⁶² El trabajo humano procede directamente de personas creadas a imagen de Dios y llamadas a prolongar, unidas y para mutuo beneficio, la obra de la creación dominando la tierra (cf Gn 1,28; GS 34; CA 31). El trabajo es, por tanto, un deber: “Si alguno no quiere trabajar, que tampoco coma” (2 Ts 3,10; cf. 1 Ts 4,11). El trabajo honra los dones del Creador y los talentos recibidos. Puede ser también redentor. Soportando el peso del trabajo (cf Gn 3,14-19), en unión con Jesús, el carpintero de Nazaret y el crucificado del Calvario, el hombre colabora en cierta manera con el Hijo de Dios en su Obra redentora. Se muestra discípulo de Cristo llevando la Cruz cada día, en la actividad que está llamado a realizar (cf LE 27). El trabajo puede ser un medio de santificación y una animación de las realidades terrenas en el espíritu de Cristo. CEC 2427.

Fué en la Cruz cuando "emergió de la definitiva maduración del misterio pascual" (RM,23) aquella radical maternidad espiritual de la Inmaculada Corredentora, respecto a la Iglesia que comenzó a constituirse cuando María y José consintieron en dar vida a Cristo, en cuanto hombre, precisamente como cabeza de un organismo en plenitud de vida comunicativa de la que iba a vivir su Cuerpo, la Iglesia⁶³.

Fueron grandes las privaciones sensibles y sufrimientos que en vida padeció San José, de carácter más interior y espiritual que físico. Pero entre todos ellos el más agudo fué sin duda su consentimiento anticipado de la Pasión y muerte de su Hijo en amor obediente a la voluntad del Padre que le había enviado, tal y como estaba dispuesto en el decreto de predestinación de la Familia de Nazaret a realizar la Redención del mundo. Fue, sin duda, un agudo dolo para José el no estar presente en aquella "hora"

Conoció y vivió anticipadamente el drama de la pasión desde los primeros misterios de la infancia de Jesús. Y acepta la parte que le corresponde en él, que fue precisamente sufrido en su corazón, a la vez que preparaba la víctima y compadecía a nuestra Madre dolorosa. El no asistir a él fue quizá uno de sus grandes dolores. Pero aceptó siempre los planes divinos de la Providencia. Y cuando Dios dio por cumplida su misión en la tierra, salió silenciosamente, inmolando su vida por la regeneración del mundo.

Puede afirmarse con el Cardenal Lepicier que San José participó más que ningún otro, después de la Santísima Virgen, en la Pasión de Cristo, cuyos dolores, en conjunto, fueron los mayores que pudo padecer ninguna criatura por su inseparable e íntima unión con Jesús y con María. El mar de amargura de ambos se refleja en el corazón de San José. Y en proporción a la unión está, por otro lado, el mayor conocimiento de este tremendo misterio del dolor que tuvo el Santo ya por la revelación del ángel y la profecía de Simeón, ya también por las confidencias íntimas de Jesús y por los presentimientos que en su alma ponía el Espíritu Santo. Por su voluntaria aceptación de su vocación de Padre y Señor de Familia predestinada a ser instrumento de salvación del mundo entero ("causa salutis") y generoso ofrecimiento a participar en la cruz del Señor, para satisfacer más abundantemente, por todos los hombres, la cooperación dolorosa de San José es la mayor después de la de María -y como ella única y singular en cuanto participante con el Redentor en la redención objetiva, no solo aplicativa-, e incomparablemente mayor que la que puede atribuirse a otros santos.⁶⁴

4. A AQUELLOS QUE JUSTIFICÓ, LOS GLORIFICÓ.

⁶³ Aunque formalmente constituida en el misterio pascual -en acto segundo- puede decirse que "la generación de Cristo es -en acto primero- el origen del pueblo de Dios, y el natalicio de la Cabeza, el natalicio del Cuerpo" (San LEÓN, *Sermo de Nat. Dni.*, PL 54,213). Son elementos constitutivos de ese "acto 1º", con la gracia de la humanidad de Cristo -que contiene de manera virtual toda la mediación sacerdotal y vida de la Iglesia, que es su "pleroma"-, los planes fundacionales- ideas, resoluciones, actuaciones presentes en la mente, voluntad y poder de Jesús -en virtud de los cuales se iría edificando la Iglesia nacida, en "acto 2º", del misterio Pascual. María, asociada a Cristo en todo el proceso salvífico, participó en todo él "con su fe obediente y su ardiente caridad" (LG 61) de corredentora, que es la razón formal de su maternidad, respecto al Cuerpo místico, Esposa de su Hijo primogénito.

⁶⁴ Cfr. B. LLAMERA, o. c., que cita numerosos AA. que defienden esta doctrina, que creo teológicamente cierta El Beato Ildefonso Cardenal Shuster editó y prologó la inspirada "Cida de San José" de la sierva de Dios María Cecilia Baij (1694-1776), abadesa durante 20 años del monasterio de las religiosas de San Benito en Montefascone, de cuyas inspiradas obras fue el santo Cardenal de Milán estudioso atento y divulgador. En esa obra de elevada inspiración mística aparece confirmada la tesis de numerosos autores que, como el Cardenal Lepicier de la participación corredentora de María y de José en el Sacrificio del Calvario. He aquí algunos textos significativos entre otros muchos

"Yo seré tratado como ya está escrito de Mí y se cumplirán perfectamente todas las Escrituras" -le oía decir a Jesús Niño-. Todo esto significaba para nuestro José un continuo dolor, que como espada le hería su amoroso corazón.

Su corazón estaba traspasado por un agudo dolor al pensar cuánto el Divino Redentor habría sufrido a lo largo de su vida y decía a menudo a su esposa: -"¡Oh esposa mía, cómo nuestro Dios me tiene en un mar de consuelo por las muchas Gracias que nos comparte y por haberse dignado estar con nosotros queriendo nacer de tí, mi querida y amada esposa!, pero al mismo tiempo me tiene en un mar de amargura, haciéndome saber por tí, lo que Él sufrirá y padecerá en el transcurso de su vida.

Deseo que llegue pronto el tiempo para mostrar al mundo cómo Yo amo a mi Padre Divino y cómo amo al mundo; mientras tanto para redimirlo he bajado del Cielo a la tierra, me he encarnado y me he hecho hombre, y de buena gana abrazaré el sufrimiento y la misma muerte para cumplir la obra de la Redención humana", oía repetir con frecuencia a su Hijo. José quedó herido en su corazón al oír las palabras proféticas que el anciano Simeón dijo a su esposa, porque recibió de alguna manera lo que significaba esto y aunque procuraba mostrarse valeroso, se afligió sin embargo el Santo y lloró amargamente y de allí en adelante siempre llevó gravadas en su corazón esas palabras, las cuales le sirvieron de continua pena y de agudo dolor.

Luego, al estar solos, San José le manifestó a su esposa lo que le había sucedido en el Templo, los misterios que había entendido, y el dolor con el cual había quedado traspasado su corazón por la profecía de Simeón. Todo se lo narraba con muchas lágrimas y suspiros y le decía a menudo: -"¡Ah, esposa mía, que grande será el dolor que deberás sufrir!, no sé que será de mí, y si estaré presente en tus penas, pero si esto fuera, ¡cómo podrá soportarlo mi corazón!-. Lloraba amargamente el Santo y la Divina Madre lo consoló, diciéndole que no temiera, porque su Dios proveerá todo y los asistirá con su Divina Gracia. -"Dios está con nosotros, le decía, no tenemos que temer, remitámonos todos a su Divina Voluntad. Por ahora gocemos y alegrémonos de que a nuestro Jesús lo hemos rescatado y es todo nuestro, por lo cual podemos gozar de su Presencia y gustar su amabilidad y dulzura. El pensamiento de que Jesús está con nosotros, que es todo nuestro, nos tiene que mitigar toda amargura"-.

La vida de José es un continuo itinerario de dolores y gozos, de los que son especialmente significativos los siete clásicos de la difundida e inspirada devoción popular recomendada e indulgenciada por los Pontífices

Participación singular de S. José glorificado en la redención subjetiva por mediación de la Eucaristía “que hace la Iglesia” Peregrina -edificada sobre Pedro- principio e instrumento del Reino de Dios, hasta su plenitud escatológica en la Parusía.

4.1 Muerte y glorificación de S. José.

La intimidad familiar con que contemplaba San Josemaría la vida del hogar de Nazaret le llevaba también a contemplar <<la muerte del Santo Patriarca, que según la tradición, estuvo acompañado de Jesús y de María>>, en su dichoso tránsito al “seno de Abraham”, donde anunció de parte del Señor la próxima redención que abriría las puertas del cielo a todos los justos que esperaban el advenimiento del Mesías esperado.

Todos los que escriben sobre San José, unánimemente afirman que la excelsitud y el grado de gloria -consumación de la plenitud de gracia paternal- que recibió el Santo Patriarca, proporcionalmente a su misión y a los dones otorgados, ha de colocarse, después de la Santísima Virgen, en el más alto lugar.

A San Josemaría le daba mucha alegría ver plasmada esta gloria de San José en los numerosos cuadros que encontró por América.

Cuando alguien le preguntaba directamente donde estaría el cuerpo de San José, le contestaba: “En el Cielo hijo mío. Si hubo muchos que resucitaron -lo dice la Escritura- cuando resucitó el Señor, entre ellos estaría, seguro, San José”. (...) “Cada vez que medito el misterio de la Asunción de Nuestra Señora, lo hago unido a San José, que tendría como una especie de complemento de gloria accidental, al ver que subía su Esposa Santísima. De modo que una alegría muy grande. El es hombre. No era, es. Es hombre. Ponte tú en su caso y piensa”.

“Es natural que sea así. No puede ser de otra manera, comentaba en Quito al contemplar una imagen de San José con el Niño Jesús que le coronaba”.⁶⁵

La Asunción de María al cielo -como la probable glorificación en cuerpo y alma del Santo Patriarca-, no fue otra cosa que el efecto pleno de su progrediente plenitud de gracia en su momento terminal, que fue la causa de aquella íntima comunión gloriosa con Cristo glorificado en el ser y en el obrar, en virtud de una “refluencia o redundancia en la carne de la plena divinización del alma (Sto. Tomás, in Ev. Jo. E.1, X) María y José -en esta hipótesis más que probable- glorificados forman con Cristo glorioso, Cabeza de la Iglesia, un sólo instrumento de la donación del Espíritu Santo a la Iglesia en unidad indisociable de la mediación capital de Cristo y -en ella fundadas- *materna* y *paterna* de María y José. Como fueron asociados a tener parte activa e inmediata en la Redención que culmina en el holocausto del Calvario (la mediación ascendente o redención objetiva) es lógico que, ya glorificados, lo sean también en la aplicación de sus frutos, por su indisociable mediación -descendente- de los Tres en el misterio de la Iglesia nacida del costado abierto de Cristo, que es tanto como decir -en sentido pleno inclusivo- de los tres Corazones unidos de Jesús, María y José. Ocáriz juzga, con razón, demasiado débiles y metafóricas, expresiones tales como "cuello" o "acueducto" para referirse a la Mediación Materna de María, Madre de la divina gracia⁶⁶

José, en su momento, fue el custodio legítimo y natural, cabeza y defensor de la Sagrada Familia. Si está indisociablemente unido con su Hijo y esposa virginales en la Redención objetiva desde los inicios de Nazaret -semilla de la Iglesia nacida en la “hora de Jesús”- hasta el Calvario, es lógico también que proteja ahora y defienda con su celeste patrocinio en la aplicación e sus frutos salvíficos en el tiempo de la Iglesia peregrina nacida del costado abierto de los tres Corazones unidos de la trinidad de la tierra hasta la Parusía. La Iglesia de Cristo, San Josemaría la veía como la familia de los hijos de Dios, prolongación de la Familia de Nazaret. “A esa familia pertenecemos”, repetía de continuo.⁶⁷

San José es realmente Padre y Señor, que protege y acompaña en su camino terreno a quienes le veneran, como protegió y acompañó a Jesús mientras crecía y se hacía hombre. Se trata, pues,

⁶⁵ LMH, 44 ss. Sobre la glorificación de S. José, su historia y su problemática, puede consultarse *Teología de San José*, del P. B. LLAMERA, BAC 108, que el c. 6 expone con seriedad y detenimiento todo lo que los teólogos de San José han ido exponiendo sobre el tema. Citando al cardenal Lepicier, estima “que dentro de la fe católica puede defenderse que ha resucitado ya en carne, contándose en el número de aquellos de que habla San Mateo”. Y cita, entre los que defienden esta sentencia, a Gerson, San Bernardino de Siena, Isolani, Cartagena, Bernardino de Bustis, Suarez, Selmayr, Trombelli, San Francisco de Sales, San Alfonso María de Liguori.

⁶⁶ Cf. F. OCÁRIZ, “*La Mediación materna*”. Romana, 1987, II p. 317.

⁶⁷ León XIII, Carta Encicl. *Quamquam pluries* (15 de agosto de 1889): l.c., pp. 177-179.

de la presencia salvífica que ejerce sobre la Iglesia, como exponemos a continuación -en y a través de la Eucaristía de la que vive la Iglesia-. En ella se funda su Patrocinio sobre la Iglesia Universal.

Son varias las veces en que repite San Josemaría: <<Quiero que vosotros y yo formemos parte de esa familia de Nazareth”, la familia predestinada a acoger en la historia al Redentor. De esa familia humana de la que formó parte Dios Hijo formamos parte todos los cristianos -porque el Bautismo nos ha hecho hijos de Dios en Jesucristo, primogénito entre muchos hermanos-. Y Él y nosotros somos el *Christus totus*, según la expresión definitiva de San Agustín. San José entonces tendrá para nosotros, en el orden místico, las mismas relaciones que en el orden familiar tuvo con Jesús. Es nuestro Padre y Señor, cabeza de la Familia de Dios, Familia de Familias, en la que fructifica la semilla de la Familia de Nazaret. A esa familia pertenecemos: “la casa de José”. (Cfr. LMH, 56)

4.2 Inserción del ministerio paterno de San José en la triple mediación, de la Inmaculada, la Eucaristía y el ministerio petrino, en la edificación de la Iglesia peregrina hasta la Parusía.

Son las tres mediaciones necesarias e indisolubles para la edificación de la Iglesia, como instrumento de la dilatación del Reino hasta su plenitud escatológica en la Parusía del Señor, que algunos movimientos de la Iglesia llaman, con sugerente y amoroso simbolismo: “las tres blancuras”: la Inmaculada, la blanca Hostia y la blanca sotana del Papa, según un orden de prioridad fundante, que derivan -y participan- de la Única Mediación Capital de Cristo.

La primera, la mediación materna de la Inmaculada -participada por la mediación paterna de S. José-, hace posibles las otras dos, comenzando por la Eucaristía, que aplica, en el orden de la redención subjetiva, los frutos salvíficos del Sacrificio de Cristo en el Calvario que María, la Inmaculada Corredentora, con la cooperación de José, cabeza de la Familia de Nazaret, contribuyeron a adquirir en el orden de la relación objetiva.

Las tres mediaciones -participadas y subordinadas al Único Mediador, Cristo redentor- son universales. Creo que nadie, verdaderamente católico, dudaría la doble impronta mariana y petrina en toda la actividad salvífica de la Iglesia en su integridad. Pero, no todos lo admitirían -como lo afirma la más genuina tradición -que según mi interpretación hace suya Juan Pablo II- respecto a la Eucaristía. La posición de San Josemaría -que expongo en mi libro *Almas de Eucaristía*, Madrid 2004- puede expresarse en esta conocida fórmula del Card. JOURNET, QUE AMABA CITAR Pablo VI: “Toda la gracia del mundo proviene de la gracia de la Iglesia, y toda la gracia de la Iglesia viene de la Eucaristía”.

En el capítulo VI de la Encíclica de Juan Pablo II “*Ecclesia de Eucharistia*” (“En la escuela de María, Mujer Eucaristía”) hace notar el Papa de María la profunda relación que tiene María con la Eucaristía, no sólo por razones de ejemplaridad -que expone de modo admirable en la mayor parte de su contenido-, sino de verdadera presencia en ella, personal y salvífica, cuya naturaleza no precisa el Santo Padre (tratándose de un tema todavía poco estudiado, en un documento magisterial es lógico que no lo haga). He aquí un resumen de la sobria enseñanza de la Encíclica sobre esta misteriosa presencia.

Al ofrecer su seno virginal para la Encarnación redentora, consintiendo a cooperar con su Hijo a la obra de la salvación desde el “fiat” de Nazareth, hasta el “fiat” del Calvario, “estaba haciendo suya la dimensión sacrificial de la Eucaristía”,⁶⁸ que hace salvíficamente presente, la compasión de María unida -*cor unum et anima una*- a la Pasión redentora del Señor, para aplicar sus frutos con la cooperación de la Iglesia. Por ello, “María está presente en todas nuestras celebraciones eucarísticas” (n. 57). “En el memorial del Calvario (“haced esto en conmemoración mía” Lc 22, 19) está presente todo lo que Cristo ha llevado a cabo en su Pasión y muerte. Por tanto no falta lo que Cristo ha realizado en colaboración con su Madre para beneficio nuestro” (n. 5.7 a).

Con respecto a la dimensión más propiamente sacramental de la Eucaristía como tabernáculo de la presencia permanente de Cristo en estado de víctima -la Encíclica hace notar que está en continuidad con la encarnación redentora⁶⁹. “Al recibirlo en la Eucaristía

⁶⁸ “Con toda su vida junto a Cristo y no solamente en el Calvario hizo suya la dimensión sacrificial de la Eucaristía. En la presentación oyó al anciano Simeón el anuncio de la espada de dolor del Calvario, realizado en el “*Stabat Mater*” de la Virgen al pie de la Cruz (n. 56 a).

⁶⁹ León XIII, en la Enc “*Mirae Charitatis*”, decía que según el testimonio de los Santos Padres: “*continuatio et amplificatio quaedam Incarnationis censenda est*”.

debía significar para María como un acoger de nuevo el Corazón que había latido al unísono con el suyo cuando preparaba en Ella el Espíritu Santo un cuerpo apto para el sacrificio expiatorio,⁷⁰ y revivir lo que había experimentado en primera persona al pie de la Cruz”.⁷¹

Profundicemos en los presupuestos e implicaciones de estas afirmaciones de la Encíclica con algún detenimiento hasta el final de este capítulo.

María es cooferente -a lo largo de toda su vida corredentora, que culmina en el supremo desgarramiento de su Corazón en la Pasión- *del sacrificio de Cristo y de su propia compasión. La Santa Misa, renovación sacramental del sacrificio del Calvario* a lo largo del tiempo y del espacio para aplicar sus frutos, con la cooperación de la Iglesia -en el orden de la redención subjetiva-, *incluye, por tanto, la cooperación corredentora de la nueva Eva asociada al nuevo Adán* -de manera única (“*prorsus singularis*” LG 61) en la restauración de la vida sobrenatural, en el orden de la redención adquisitiva.

La mediación materna de María, incluye, pues, la más alta participación de la Mediación capital de Cristo, sacerdotal, profética y real, que es superior (no sólo de grado, sino en esencia, por ser “de orden hipostático”), a la que es propia del sacerdocio ministerial que participa de ambas -capital y maternal- en unidad dual. Según el Magisterio, en efecto. *María no sólo aceptó -asociándose a él- el sacrificio de la cruz consumado en un determinado momento de la historia, sino también en su extensión en el tiempo. Por eso es tan real su presencia -como Corredentora, Mediadora en el Mediador- en la Santa Misa como en el Calvario*⁷². Es más, *esa presencia activa de la Corredentora en el Sacrificio Eucarístico continúa de modo inefable en el Santísimo Sacramento, en íntima unión con Cristo sacramentado, “corazón viviente de la Iglesia”, que vive de la Eucaristía*⁷³.

Cristo no está solo en estadio de víctima, sino que “se está inmolando”, “in actu signato”. *Cristo Nuestro Señor continúa pidiendo, en el Sagrario y con un incesante clamor -en unión - “Cor unum et anima una”- con la Inmaculada Corredentora- de compensación propiciatoria, que se apliquen sus satisfacciones y méritos infinitos pasados a tales o cuales almas.* “Interpellat pro nobis primo representando humanitatem suam quam quam pro nobis assumpsit”. Pero no sólo lo hace así presentando sus llagas como credenciales de los méritos pasados. También lo hace “*exprimendo desiderium quae de salute nostra habet*”. *De este deseo participan los bienaventurados, según el grado de su caridad.* (S. Th. III, 83,1)⁷⁴.

La oración siempre viva en Cristo glorioso presente en la Eucaristía, -participada por sus miembros bienaventurados, expectantes activamente de la consumación del Reino de Dios (cfr. Apoc. 6, 10, que nos habla de su clamor debajo del altar, para acelerar su advenimiento)- es el “alma” del santo sacrificio de la Misa y continúa activamente eficaz en un incesante clamor en el tabernáculo, “hasta que vuelva” (1 Cor 11, 26). Entonces, cuando se haya dicho la última Misa, continuará la oración de Cristo glorioso y sus miembros glorificados, en la Jerusalén celestial, en permanente alabanza a la Trinidad en torno a Cristo Rey, María, Reina del Corazón del Rey, y José, gran patriarca y soberano junto a su Esposa e Hijo virginales de la Jerusalén celestial. Sólo cesará la oración de petición, porque ya Dios será todo en todos, después de haber puesto sus enemigos debajo de sus pies y entregado su Reino ya consumado al Padre cuando Él vuelva. (1 Cor 15, 17-18). Por eso hay una presencia de la Iglesia celeste que participa en el sacrificio eucarístico, como también de la Iglesia purgante y militante, que se benefician de su valor propiciatorio, por vivos y difuntos durante el tiempo histórico de la Iglesia peregrina”. *Panis ille... corpus Christi... si bene accepistis, vos estis quod accepistis. Apostolus enim dicit: “Unus panis, unum corpus multi sumus”. Sic exposuit sacramentum mensae dominicae*”.⁷⁵

⁷⁰ Cf. Hb 10, 5-7.

⁷¹ n. 56 b.

⁷² Es muy amplia la bibliografía sobre el tema, G. CROSETTI, *María e l'Eucaristia nella Chiesa*, Bolonia 2001, AA.VV, *María e l'Eucaristia*, Roma 2000, a cura di E. M. TONIOLO, que ofrece al final del volumen una amplia bibliografía, que comienza con los estudios publicados en la Actas del Congreso mariológico de 1950, *Alma Socia Christi*, y de diversas sociedades mariológicas sobre este tema y un concluye con amplio elenco de publicaciones sobre él, en orden alfabético de autores (pp. 310-330).

⁷³ Cfr. CH. JOURNET, *Entretiens sur Marie*, Parole et Silence, Langres-Saint-Geosmes, 2001, que afirma : << l' Eucharistie, Marie, le Pape, “c'est tout un”, c'est à dire cela forme une unité indissociable >> (« Les Trois Blancheurs »).

⁷⁴ Cfr. H. DE LUBAC, *Catolicismo. Los aspectos sociales del dogma*, Madrid 1988, 81 ss. Sobre este tema trato ampliamente en mi libro, *La doble dimensión petrina y mariana de la Iglesia*, de próxima publicación, completada y actualizada.

⁷⁵ S. AGUSTÍN, PL, 33, 545. El Espíritu Santo, que “conduce a la verdad completa” (Job. 16. 13), va iluminando con creciente profundidad esa idea de la tradición patristica a las almas especialmente dóciles a sus mociones, sobre una presencia especialmente intensa y operativa de María y de José en el Sagrario, los cuales forman con Jesús una “trinidad de la tierra”. Es sintomático el autorizado testimonio del fundador del Opus Dei sobre su seguridad en la presencia inefable y real, aunque, claro está, no sustancial como la del Señor en la Eucaristía, de la Santísima Virgen y de San José”. Si durante su vida en la tierra no se separaron de Él su Madre y el Santo Patriarca, ahora seguirán acompañándole en el tabernáculo, donde está más inerte todavía. Otro testimonio interesante es, en el mismo sentido, el Hno de Estanislao José, de las escuelas cristianas, , que

Este es el fundamento teológico de la experiencia de fe de almas marianizadas -cada vez más frecuente, a juzgar por autorizados testimonios-, que perciben *junto a la presencia del Señor en la hostia*⁷⁶ *consagrada una “singular” presencia inefable de María, real también. No se trata, obviamente, de una presencia por transubstanciación, sino por inseparabilidad en la oblación sacrificial de los Corazones unidos del Corredentor y la Corredentora, “Cor unum et anima una”. E incluso -en el fundador del Opus Dei- de S. José -en tanto que pertenece también al orden hipostático.*⁷⁷

Esta singular presencia de María podría explicarse -en efecto- teniendo en cuenta esta indisociable inseparabilidad de la Corredentora de la trinidad de la tierra en la obra redentora tanto objetiva -exclusiva de los Tres que concurren en la constitución del orden hipostático redentor hasta el Calvario- como subjetiva -hasta la Parusía-, aplicando a Ella la doctrina de Sto. Tomás sobre la necesaria concomitancia -natural o sobrenatural- con respecto a la presencia “per modum substantiae” del Cuerpo y la Sangre de Cristo Sacerdote (que renueva de modo sacramental incruento la entrega redentora de su vida en el holocausto del Calvario por el derramamiento de su preciosísima Sangre), que acontece “vi verborum” (por la fuerza de las palabras de la doble transustanciación.⁷⁸ El Aquinatense hace referencia solo a la indisociable inseparabilidad en Cristo glorioso de su cuerpo, sangre, alma, su Humanidad, unida hipostáticamente a la divinidad del Verbo que se encarna para redimirnos en María. Pero puede extenderse, obviamente, también a la Madre y al Padre Virginal del Redentor, por la pertenencia indisociable de los Tres al orden hipostático en el ser y en el obrar salvífico, si bien de modo diverso en cada uno de ellos.

El Verbo encarnado constituye -en cuanto Verbo hecho hombre- el orden hipostático de modo absoluto, en cuanto Mediador Cabeza de la nueva creación. María, de modo intrínseco -relativo, por su cooperación maternal en la constitución del ser teándrico del Dios-hombre, único Mediador entre Dios y los hombres-, y (“operari sequitur esse”) en su obra salvífica, como Mediadora en el Mediador. Y José de modo extrínseco-relativo desde el punto de vista de su dimensión biológica, pero no meramente extrínseca y mediata -por razón de su matrimonio con María- sino directa e inmediata como padre virginal y mesiánico del Mesías Rey. Y ello en una doble dimensión.

La primera es la relación de causalidad instrumental de José, como hijo de David, en orden a la constitución de la condición mesiánica del Hijo concebido “en” su matrimonio virginal -no “de” él según la carne, sino según el espíritu por la fe y la caridad- con María -por la imposición del nombre por el Patriarca de la Familia de Nazaret que es constitutiva del mesianismo real del hijo de David, en cumplimiento del vaticinio de Natán. La segunda dimensión -ya aludida en la anterior, pues son indisociables, como ha mostrado brillantemente F. Canals- es la necesidad de su consentimiento en la oscuridad de la fe de su matrimonio virginal con María, que es la razón formal constitutiva de su paternidad virginal, no según la carne y según el espíritu, como la divina Maternidad de María, sino solo según el Espíritu, que no puede menos de tener repercusiones en el orden operativo salvífico, con alguna asociación con María -su Esposa- en la línea corredentiva participada de la de María.

S. José (“la sombra de Dios Padre”, o “su Icono transparente”, se le ha llamado) es, en efecto, de modo no accidental, sino constitutivo de su identidad, en el ser y en el obrar, custodio del “arca de la alianza” (María su Esposa, Madre del Redentor); a modo de “Querubín” de flameante espada (cfr. Gn 3, 24), que guarda el “huerto sellado” de la fecunda Virginitad de María,⁷⁹ que contiene el “árbol de la vida”, el Mesías Salvador. El Dios hecho hombre para nuestra salvación quiso ser acogido y educado para su misión sacerdotal salvífica consumada en el holocausto del Calvario, en el hogar familiar de José, asociándolo, como su padre virginal y mesiánico -con su

aparece en la biografía que de él ha escrito el Hno. Ginés María, Madrid 1981. Se trata de una presencia única y singular respecto a la que es propia del resto de los bienaventurados, que depende -y se funda- de la compasión de la Corredentora, en la que participa de modo inefable su esposa.

⁷⁶ Cfr. Card. JOURNET, *Entretiens sur Marie*, cit. C. III. (Valga -como ejemplo entre muchos- Mgr. O. MICHELINI, “Confidencias de Jesús” -3 volúmenes-, traducido a numerosas lenguas).

⁷⁷ Puede consultarse sobre el tema la conocida *Teología de S. José* del P. B. LLAMERA de la BAC, o la más reciente de F. CANALS VIDAL, *San José, Patriarca del Pueblo de Dios*, Barcelona 1988.

⁷⁸ “Ex supernaturali concomitantiae” -diría Sto Tomás del alma y la divinidad de Cristo con respecto a la presencia “per modum substantiae” del Cuerpo y la Sangre de Cristo Sacerdote (que renueva de modo sacramental incruento la entrega de su vida en el holocausto del Calvario por el derramamiento de su preciosísima Sangre), que acontece “vi verborum transubstantationis”. Véanse textos en A. PIOLANTI, *El Misterio Eucarístico*, Madrid 1958, t.I, 327-334.

⁷⁹ Cfr. E. M. ROSCHINI, *La mariologia di María Valtorta*, Isola dei Liri 1985

Madre, la Corredentora, de manera misteriosa- a su obra salvífica de restauración de la vida sobrenatural perdida en el pecado de los orígenes en el huerto de las delicias.

CONCLUSIÓN.

Los tres Corazones unidos de Jesús, María y José, la trinidad de la tierra, están indisociablemente unidos en todas las fases de realización histórica del designio salvífico oculto “ab aeterno” en Dios en la elección y predestinación de la Familia de Nazaret, como piedra angular de ambos Testamentos; imagen perfecta -como Trinidad de la tierra- de la Trinidad del Cieloy camino de retorno salvífico a Ella, a lo largo de la historia de la Salvación -que tiene su vértice en la Encarnación redentora en el seno de María y en la Casa y familia de José. Los tres están presentes en toda la obra salvífica -tanto objetiva, consumada en el Sacrificio del Calvario como aplicativa- hasta la Parusía del Señor, cuando Dios sea todo en todos, a través de la mediación de la Eucaristía que hace la Iglesia, edificándola sobre y bajo Pedro.

De la misteriosa presencia salvífica de los Tres Corazones unidos de Jesús, María y José en el misterio eucarístico- brota el agua viva del Espíritu Santo que vivifica la Iglesia del Verbo encarnado, como sacramento y arca universal de salvación,⁸⁰ en la progresiva edificación del Reino de Dios que “todo lo atrae hacia Sí” -desde el trono triunfal de la Cruz gloriosa- hasta su consumación escatológica cuando Él vuelva a entregar su Reino al Padre.

80 Cfr. J. FERRER ARELLANO, “Unicidad y universalidad de Cristo y de la Iglesia, centro y fundamento irrenunciable de la teología de las religiones”. *Stodium Legionense*, 45 (2004), 185-222.